

# Ilustración Artística

Año XXXV

← BARCELONA 6 DE MARZO DE 1916 →

Núm. 1.784



CIRCULO ARTISTICO  
:: CARNAVAL DE 1916 ::  
BAILE DE MASCARAS  
TEATRO NOVEDADES · 3 DE MARZO

Cartel anunciador del baile de máscaras organizado por el Círculo Artístico de esta ciudad, obra de P. Rigol, premiada en el concurso celebrado por aquella entidad

Marcas las más acreditadas en la Península, Extranjero y Ultramar

**EL CIERVO y MANOC**  
**EL LEÓN de J. Samsó**  
**EL PERIQUITO**  
de G. Massó

Clases superiores y especiales para el Fomento de las Artes

**NAIPES COMAS**

ESPECIALIDAD EN NAIPES OPACOS

TELÉFONO 1208  
Dirección telegráfica: SAMOCA

**FINOS**  
DE HILO Y UNA HOJA

Fábrica movida por electromotores

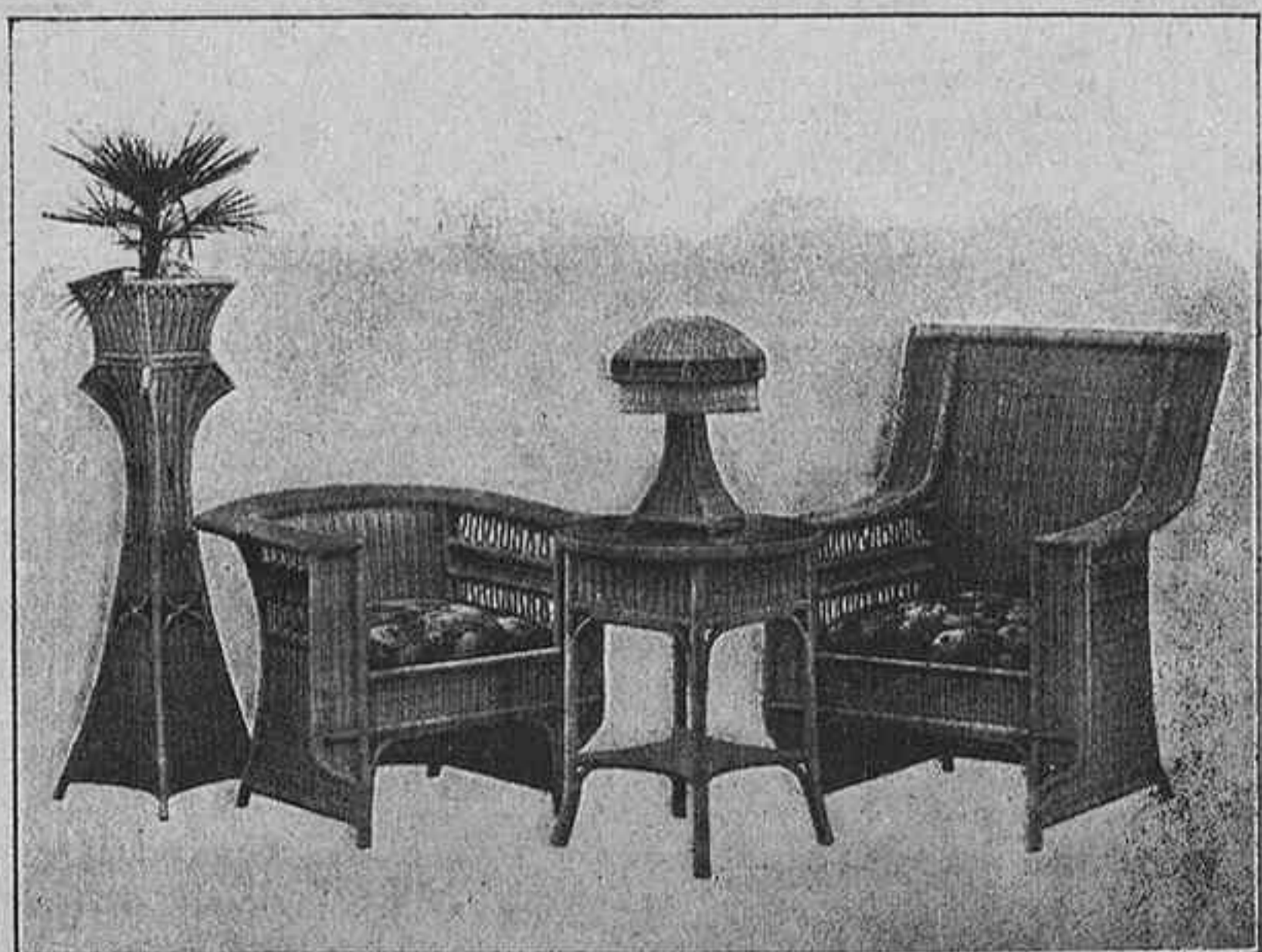
ANTIGUA CASA Vda. de A. Comas Casa fundada en 1797  
SEBASTIÁN COMAS Y RICART

**BARCELONA.-Galle de Lauria, núm. 4**

**MUEBLES de junco y médula fina**

MARCA **ME PNE** REGISTRADA

Fábrica sin sucursal



**Paseo de Gracia, 115; Barcelona. «Manufacture Parisienne»**

**FUMISTERIA: CAÑAMERAS**

Fundada en 1850

**COCINAS MODERNAS**

GRAN VARIEDAD DE MODELOS

TERMO-SIFONES PARA BAÑOS  
ASADORES AUTOMÁTICOS  
TOSTADORES, CALORÍFEROS Y CALEFACCIÓN POR AGUA Y VAPOR  
PRENSAS, BANCOS, MESAS Y SILLAS

Fábrica despacho: SICILIA, 141 y 143  
Teléfono 1940

Depósito: HOSPITAL, 87. Teléfono 212  
**BARCELONA**

Sucursal: ESPOZ Y MINA, 15. - MADRID  
Teléfono 3317

Catálogos, proyectos y presupuestos gratis

**DICCIONARIO de las lenguas Española y Francesa, comparadas**

Redactado con presencia de los de las Academias Española y Francesa, Bescherelle, Littré, Salvá y los últimamente publicados, por D. NEMESIO FERNÁNDEZ CUESTA. - Contiene la significación de todas las palabras de ambas lenguas; voces antiguas; neologismos; etimologías; términos de ciencias, artes y oficios; frases, proverbios, refranes e idiotismos, así como el uso familiar de las voces y la pronunciación figurada. - Cuatro tomos: 55 pesetas.

Montaner y Simón, editores. - Aragón, 255, BARCELONA

**CANTARES POPULARES Y LITERARIOS**

RECOPILADOS POR D. MELCHOR DE PALAU

Un tomo de 374 págs., 5 pesetas para los subscriptores a esta ILUSTRACIÓN

**Renaud Germain**  
PERFUMISTAS

Nuevos extractos para el pañuelo  
**MÁGICO-LABERINTO**

Perfumes suaves e intensos.

MÁGICO Barcelona. LABERINTO

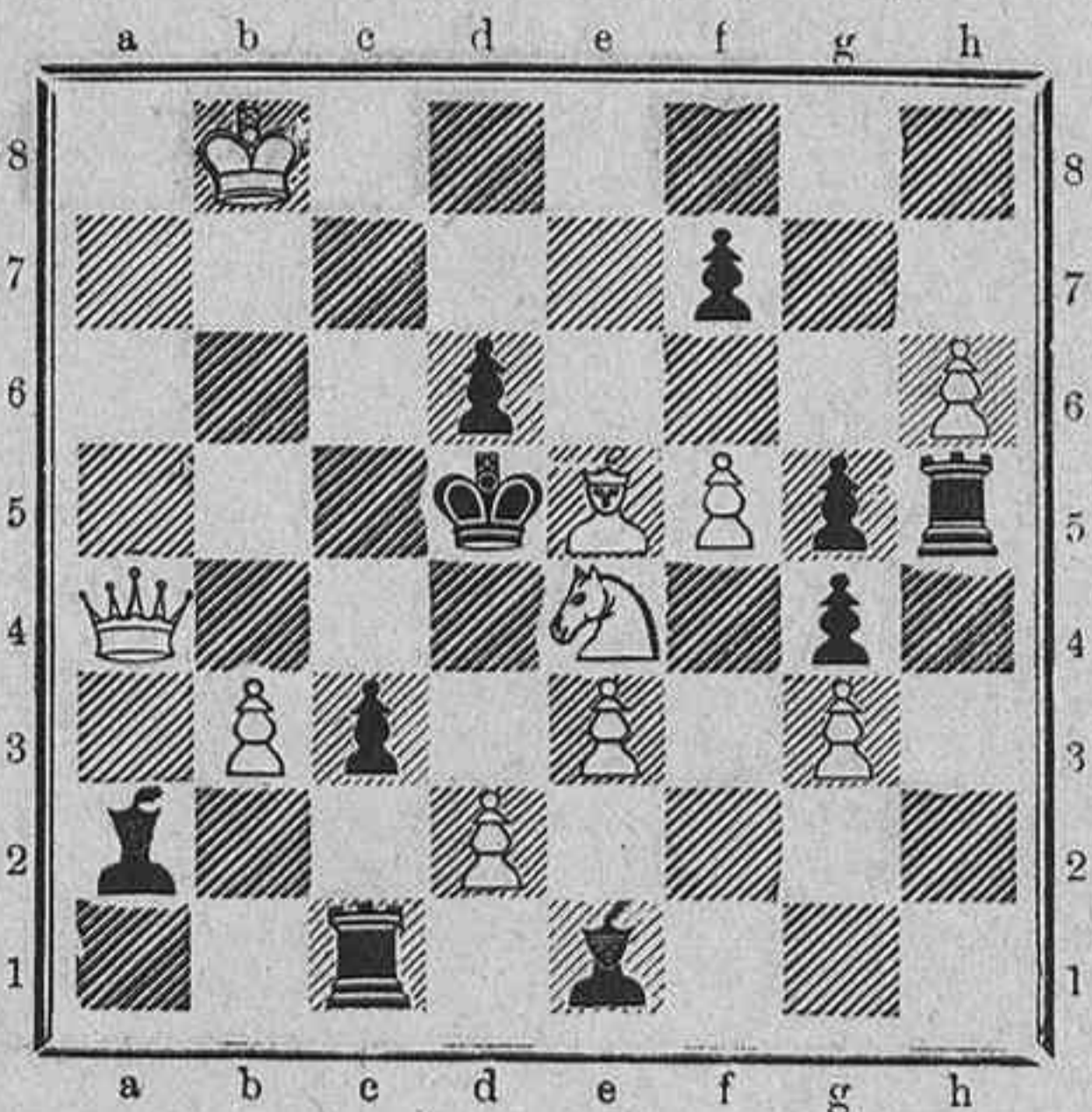
**AJEDREZ**

CONCURSO DE PROBLEMAS EN TRES JUGADAS  
ORGANIZADO CON MOTIVO DEL TORNEO PARA EL CAMPEONATO DE CATALUÑA DEL AÑO 1914

Se han recibido las siguientes composiciones:

PROBLEMA NÚM. 23. LEMA: «ELECTRA»

NEGRAS (10 PIEZAS)



BLANCAS (10 PIEZAS)

Las blancas juegan y dan mate en tres jugadas

SOLUCIÓN AL PROBLEMA NÚM. 22. LEMA: «REMUS»

1. Cd3-e5, d6xe5 2. Ce5-b3 jaq., etc.  
d6xc5 2. Ce5-e6 jaq., etc.  
Rd4xe5 2. Df1-a1 jaq., etc.  
Rd4xe5 2. Df1-f2og1 jaq., etc.  
Tb8-f8 2. Df1-a1 jaq., etc.  
Cg2-e3 2. Df1-f4 jaq., etc.  
d6-d5 2. Ce5-d7, etc.  
Otra jugada 2. Df1-f2 jaq., etc.

**REGENERADOR DE LA VIDA**

El Abate SEBIRE ha encontrado en las PLANTAS DEL MAR el medio infalible de recuperar la salud SIN MEDICAMENTOS.

**EL REGENERADOR DE LA VIDA**

provoca verdaderas resurrecciones orgánicas; es 20 veces más nutritivo que la carne.

Engruesa de 3 a 5 kilos por mes a los ENFLAQUECIDOS.

Comunicación a las Academias de Medicina y de Ciencias de París

Tuberculosos, anémicos, convalecientes, neurasténicos, enfermos del estómago e intestinos, diabéticos y albuminúricos, pedid el FOLLETO explicativo GRATIS al

DEPÓSITO GENERAL: DIPUTACIÓN, 268. - BARCELONA

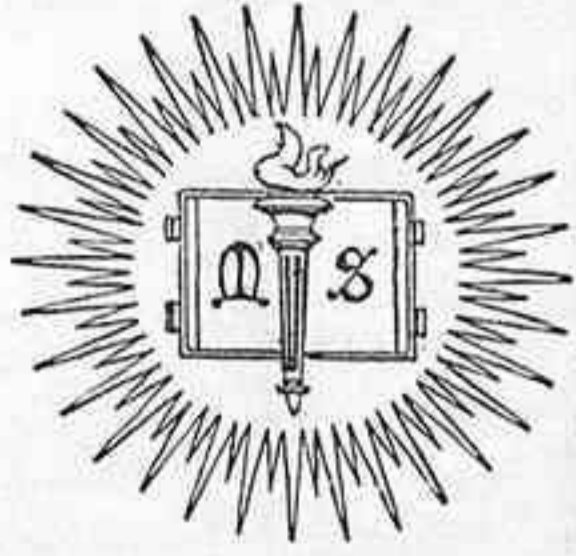
De venta: - En las principales Farmacias, Droguerías y Centros de Específicos de España

Bote grande, 500 gmos. 5 ptas. Bote pequeño, 250 gmos. 2.75 ptas.

Elaborado en los LABORATORIOS MARINOS de ENGHEN-LES-BAINS (FRANCIA)



# Ilustración Artística



AÑO XXXV

BARCELONA 6 DE MARZO DE 1916

NÚM. 1.784

BARCELONA. - SALÓN PARES



IDILIO, cuadro de Juan Cardona

(Fotografía de F. Serra.)



**Texto.** — *Mascaradas y bailes*, por Juan B. Enseñat. — *Las arracadas de la abuela*, por B. Morales San Martín. — *Cuadros de Juan Cardona*. — *La guerra europea*. — *Madrid. Notas de actualidad*. — *El nuevo alcalde de Barcelona*. — *La dama de las piedras preciosas* (novela ilustrada; continuación). — *Ecos de la guerra en la Costa Azul*. — *Notas de Melilla*.

**Grabados.** — *Idilio; La maja de las flores; Vendedora de naranjas; La gitanilla*, cuadros de Juan Cardona. — Dibujo de Carreres, ilustración al cuento *Las arracadas de la abuela*. — *El notable pintor Juan Cardona, que expone algunas de sus obras en el Salón París*. — *La guerra europea. En los Balcanes*. — *En el frente ruso*. — *Reciente fotografía del gran duque Nicolás de Rusia*. — *Heridos que no conflan en su curación sin la bendición de la Iglesia: ceremonia religiosa en un hospital de sangre ruso*, dibujo de Federico de Haenen. — *Madrid. Reunión en el Ministerio de la Guerra de la Junta de Defensa Nacional*. — *En el Asilo de Nuestra Señora de las Mercedes*. — *El nuevo alcalde de Barcelona*. — *Ecos de la guerra en la Costa Azul* (tres fotografías). — *Notas de Melilla*.

## MASCARADAS Y BAILES

Generalmente los historiadores hacen remontar el origen del Carnaval a las saturnales romanas, a las bacanales griegas o a las fiestas que los egipcios celebraban antiguamente en honor de Osiris. No obstante, sin necesidad de evocar tan antiquísimas leyendas, encontraríamos quizás el origen de estas mascaradas en el saludo a la carne (*carne, vale*), que constituye la etimología de la palabra y explica el hecho de que en tales fiestas, en que el *buey gordo* era una de las principales figuras sacadas a escena, nuestros abuelos, escrupulosos observadores de las leyes de la Iglesia, festejaron el buey, hermoso símbolo de la carne, en vísperas de entrar en el largo período de vigilia que lleva el nombre de Cuaresma.

Montado en el magnífico animal iba un niño con alas que representaba al pequeño dios Eros armado de un carax, y personificaba al Carnaval un maniquí de hinchados carrillos, que era paseado durante los días de Carnestolendas.

A los brutales bombardeos de la *rúa* con confites de yeso y cáscaras de huevo llenas de ceniza, sucedieron las batallas de *confetti*, serpentinas y flores que copiamos de los franceses y que éstos habían imitado de Italia.

Todas las clases sociales toman parte con entusiasmo en estos regocijos, que ofrecen a los pudientes una coyuntura para una ostentación de lujo, y al humilde pueblo la ocasión de una tentativa de igualdad, pues durante algunas horas se confunden todas las categorías.

¡Qué satisfacción íntima para el plebeyo la de poder decir: «¡Hoy voy a ser el igual de mis superiores y el superior de mis iguales!»

Esto sin contar con los atrayentes accesorios, danzas, juegos, festines y farsas que ilustran estos días de holgorio.

Por un instante queda desarmada la autoridad, burlados los amos y los jefes, arrollada la policía y hasta burlada la ley.

La máscara es una patente de corso para toda clase de abordajes; un salvoconducto para toda clase de libertades.

El origen de la máscara se remonta al antiguo teatro de Roma y Grecia.

A los trajes de escena añadían los artistas el uso de una especie de casco con el que se cubrían la cabeza, y también de la máscara que representaba las facciones de diversos personajes.

No había actrices; los papeles femeninos eran representados por hombres; por esta razón era tanto más útil la máscara, gracias a la cual los intérpretes se ponían la fisonomía que deseaban.

Las máscaras se fabricaban primeramente de corteza de árbol, después de cuero forrado de tela y finalmente de madera; el modelo era ejecutado por escultores según la idea que los poetas les sugerían.

La abertura de la boca, grande y prolongada a modo de embudo de cobre, formaba trompeta acústica para aumentar el volumen de la voz.

Había varias clases de máscaras: cómicas, trágicas y satíricas.

Las primeras eran ridículamente contrahechas, con los ojos bizcos, la boca torcida y las mejillas colgantes.

Las segundas, notables por su tamaño, tenían la mirada furiosa, los cabellos erizados, y las sienas o la frente deformes.

Las satíricas eran las más repugnantes, y representaban tan sólo extravagantes figuras de ciclopes, centauros, faunos y sátiros.

Había una cuarta clase de máscaras que representaban a las personas con sus facciones naturales; se les daba el nombre de mudas u orquísticas, y estaban destinadas a los bailarines.

Así como el teatro profano procede del drama sacro, así también la danza, como manifestación pública, tuvo en su origen un carácter religioso, tanto, que en las ceremonias solemnes sólo los sacerdotes disfrutaban del derecho de entregarse a este piadoso ejercicio.

La danza no fué, en su principio, ni un paso gracioso ni una rueda acompañada ni una marcha circular: la de los sacerdotes egipcios, por ejemplo, consistía en una pantomima grave, en un gesto simbólico que recordaba los episodios y las tradiciones relativos a las divinidades adoradas a orillas del Nilo.

Después de pasar el Mar Rojo, la profetisa María, hermana de Aarón, cogió una pandereta, y todas las mujeres la siguieron cantando y bailando para celebrar el maravilloso paso de aquel mar; y sabido es que David, vestido con una túnica de lino, danzaba delante del Señor.

Pero hay que advertir que si bien la profetisa dirige el coro de las mujeres, de este coro están excluidos los hombres, y que cuando el rey profeta salta de alegría delante del Señor, no obedece a ningún sentimiento voluptuoso.

Las ruedas místicas, los coros cíclicos de los pelagos evolucionaban en torno de los altares o de las víctimas, habiendo sido éste el origen de las tragedias representadas en honor de los dioses.

La danza clásica nació en Grecia con la poesía, y tomaba sucesivamente como tema los movimientos de los astros, la renovación de las estaciones, las recolecciones, las vendimias, los sucesos de la vida de los pastores o de los ciudadanos.

Enamorados de la forma, y sobre todo de la belleza plástica, acostumbrados desde la niñez a todos los ejercicios gimnásticos, los griegos consideraban la armonía de los movimientos y el ritmo como otras tantas manifestaciones del culto, agradables a la divinidad.

Mucho antes de la creación de los teatros propiamente dichos, el instinto imitativo ha encontrado en todos los pueblos modo de manifestarse y de satisfacerse juntando la poesía, el baile y la música, mezcla armónica que en Grecia alcanzó un alto grado de perfección con el nombre de corística.

En un principio, los cantores eran a la vez bailarines; mas habiéndose reconocido la dificultad de ejercitar al mismo tiempo las dos artes, establecióse una distinción entre los cantos y los movimientos cadenciosos.

Los primeros instrumentos usados por los griegos para acompañar las corodias fueron los crémbalos y los crótalos, especie de castañuelas de madera o de conchas muy parecidas a las que tienen los insulares polinesios.

En tiempo de Homero, las danzas se ejecutaban a los acordes de la lira; el acompañamiento de la flauta, que fué posterior, tuvo el inconveniente de excluir, conforme a la costumbre oriental, el concurso de la voz humana, que tan bien se combinaba con el sonido de la lira.

Los griegos distinguieron dos géneros de danzas: las serias y las cómicas. Aquéllas comprendían las sagradas, ejecutadas generalmente por los ministros del culto delante de las estatuas de los dioses, y las trágicas, que expresaban nobles sentimientos. Las más antiguas de las cómicas imitaban las ágiles zancadas o los pesados movimientos de los animales.

Los sacerdotes bailarines salios son famosos en la historia de la antigua Roma. Vestidos con la trabea de púrpura, con una ancha faja de bronce, cubiertos con un casco de penacho, y empuñando con la mano derecha una espada corta, ejecutaban en torno de los altares ciertas danzas armadas, cantando himnos cuyo ritmo acentuaban dando golpes sobre un escudo.

Había colegios de sacerdotes bailarines en Tibur, en Veies y en Túsculum, y veneraban a todos los dioses, excepto a Venus, la «diosa peligrosa».

Muy distinta era la mímica voluptuosa de las bailarinas de Flora; era tan indecente, que un día el público, viendo entre los espectadores de una de las Floralias a Catón, le advirtió que las actrices no se atrevían delante de él a representar su papel completo; y Catón se retiró.

En los banquetes particulares, los nobles libertinos enviaban a buscar con los músicos e histriones, titiriteras y bailarinas impúdicas que agitaban panderetas para acompañar sus movimientos; y los mismos comensales tomaban parte en sus danzas licenciosas.

En la Edad Media, la facultad de permitir o prohibir las fiestas y danzas de aldeas formaba parte de los privilegios feudales.

Posteriormente, en algunos países, el espíritu corporativo reunió en comunidad a los maestros de baile, con prohibición de dar lecciones en determinados sitios, como, por ejemplo, en las tabernas.

El clero, arrastrado por el ejemplo general, siguió, al parecer, en algunas ocasiones la costumbre popular, pues de algún documento del siglo XVI se desprende que los sacerdotes habían venido obligados a bailar el día de su primera misa en señal de alegría.

Con el nombre de danza de los muertos se designaba a principios del siglo XV una especie de escena lúgubre en que se suponía a los mortales, desde los más humildes hasta los reyes, arrastrados en un torbellino fatal: era el triunfo de la igualdad ante la muerte.

Entre las ceremonias religiosas de los salvajes encontramos danzas sagradas que recuerdan mucho las de la antigüedad; esos pueblos juzgan más cómodo expresar sus sentimientos con ademanes que con palabras; para ellos, saltar en testimonio de regocijo o de gratitud por los beneficios de la Divinidad, o inclinarse ante ésta son gestos que equivalen a fórmulas de adoración.

Sus danzas imitativas son escenas en que se proponen informar a los espíritus de los fines que persiguen.

Igual significación debe atribuirse a sus danzas de guerra.

Y es evidente que el salvaje piensa que de este modo se hace comprender mejor que por medio de oraciones habladas o cantadas.

La horrible danza del fuego en la India es una forma de sacrificio en que se ofrece una o más víctimas a Buda.

La tradición de las danzas sagradas subsiste todavía en ciertos puntos de Rusia y Alemania, y ha subsistido hasta hace poco en algunos pueblos de Mallorca.

Una secta rusa busca una especie de alucinación en los vales religiosos denominados *rademia* (fervor), cuyas rápidas y embriagadoras vueltas obran sobre los nervios y sobre el cerebro, preparando la hora de las profecías, o sea del instante de exaltación en que las palabras incoherentes y las frases entrecortadas podrían ser interpretadas como otras tantas celestiales revelaciones.

Cerca de los valles poblados de bosques de los alrededores de Tréveris, los feligreses de la iglesia abacial de Echternach celebran todavía una procesión danzante en honor de San Willibrod, el apóstol de los frisones.

Excusado es decir que, aparte de estas raras excepciones, la danza contemporánea entra en la categoría de las cosas exclusivamente profanas, habiendo perdido todo su carácter hierático.

Algunas parroquias habían tenido la malhadada idea de atraer a los fieles prometiéndoles para después de las Vísperas el espectáculo de bailarines; y fué preciso, para reprimir este abuso, la intervención energética de varios concilios.

El poder real, por su parte, prohibió danzar y bailar los domingos y días de fiestas religiosas. Un edicto de Felipe II de España reglamenta los placeres públicos, y no tolera la danza en las horas del oficio, «ni siquiera tratándose de una boda».

En nuestros días, los predicadores lanzan anatemas contra las modernas mascaradas, que se distinguen por sus tendencias satíricas, por la desfachatez de los bromazos y por la grosería de muchas manifestaciones del popular regocijo.

Pero Padres de la Iglesia, papas, reyes y predicadores han condenado en vano los placeres licenciosos del Carnaval; porque se trata de costumbres profundamente arraigadas, tan antiguas como queridas del pueblo.

JUAN B. ENSEÑAT.



## LAS ARRACADAS DE LA ABUELA, POR B. MORALES SAN MARTÍN, dibujo de Carreres



—¿Y dices, mamá, que estas arracadas son las mismas que la abuela llevó en su boda? ¿Sabes que son magníficas? ¡Cuajadas de esmeraldas! ¡Obra primorosa de desconocido orfebre! ¡Y cómo pesan! Oro de ley... ¡Y qué grandes: no caben en la palma de la mano! ¡Cómo brillan las piedras!.. Por estas arracadas daría un anticuario un dineral... Sepáralas; quiero volver a admirarlas antes de guardar nuestro tesoro...

Y madre e hijo, en la soledad del gabinete, sentados entre la encendida chimenea y el enorme mirador sobre cuyos cristales goteaba la lluvia tímidamente, como si temiera turbar el piadoso inventario, siguieron hablando de la abuela, revolviendo su precioso legado, abriendo arquillas cinceladas, vaciando cajas maqueadas y de maderas olorosas, de cuyo fondo surgían como evocación de generaciones y épocas que fueron, abanicos de sutil varillaje, collares de perlas, peinetas de brillantes, sortijas de lanzadera salpicadas de rocío esmeraldino, alfileres cuya cabeza eran riquísimas rosas de diamantes; pulseras, monedas de oro, medallas y alfileres; cintas y plumas ajadas como por una pasión levantina, recuerdo tal vez de un baile o de una noche de bodas; relojes esmaltados..., todo un riquísimo revoltijo de joyas y chucherías que esparcían por el gabinete un perfume tibio y débil, un vaho de vejez, un aroma de distinción y nobleza.

Pero ninguna joya atraía tanto la atención del joven como las arracadas de oro de labradora valenciana, que desde el fondo de su estuche de terciopelo verde refulgían, como diciéndole:

— ¡Mírame bien! Fui la joya más preciada de una divina mujer... ¡Contéplame bien, porque tus ojos no admiraron jamás más rica preseña que yo! ¡No puedes presumir qué rostro tan lindo engalané...

Y el enlutado mancebo seguía mirando ensimismado las plebeyas arracadas y despreciando, no sabía por qué, el resto de su tesoro, compuesto de tanta joya principesca.

Su madre notó la sugestión que sobre el adolescente ejercía aquel objeto inanimado y sonrió melancólicamente.

Ambos eran los únicos supervivientes de una familia levantina, noble y poderosa. La dama era un tipo característico de raza.

Blanqueaban sus cabellos; su tez y sus labios parecían exangües. Dormida semejaría una estatua alabastrina. Sus ojos grandes y rasgados tenían reflejos de amatista que animaban con melancólica vida aquel rostro oval de princesa lunar. Sus manos

de lirio revolvían las joyas, ordenándolas otra vez en sus estuches. Cogió las arracadas y las colocó con mimo sobre su regazo. Entonces sus ojos de amatista miraron con amor al hijo de su amor, que seguía contemplando las sugestivas joyas con insistente fijeza.

Aquella flor varonil, ajada prematuramente por el vertiginoso vivir cortesano, llevaba impresa en su semblante la marca con que el insomnio y los placeres de toda ralea sellan a sus víctimas. Sus ojos negros denunciaban el agotamiento vital en lo empañado de su mirada, que a veces refulgía fosforesciendo como en un último y febril destello. Sus movimientos eran tardos, pero correctos, distinguidos. Vestía con elegancia y hablaba a veces con pasión.

Cuando la dama acercó su sillón al del adolescente, mostrándole el estuche abierto, éste preguntó con ansia:

— ¿Vas a referirme algún hecho relacionado con esas joyas, mamá? Lo leo en tus ojos... ¿Una historia de familia..., alguna?..

— Sí, Luis mío. Eres un hombre ya y debes conocer la historia novelesca de estas arracadas, como la oí de labios de mi madre en ocasión parecida a la de hoy. Es esta valiosa joya la ejecutoria de nuestra nobleza, el origen de nuestra familia..., dijo la dama con acento amargamente irónico. Debes conocer esa infamante ejecutoria, ese vergonzoso origen de nuestra raza... Tú dirás después si crees digna de engalanar con esa joya a la mujer a quien elijas para esposa. Oyeme atento...

«Tu bisabuelo Felipe fué un terrible «Don Juan», pasmo y terror de padres y maridos. Casó muy joven, por conveniencias de familia, con una señora de rancio linaje, honesta y recatada, algo mojigata y dada a la devoción.

»El matrimonio no calmó los ardores amorosos del galán, y pronto la dama, prudente y discreta,

planteó un serio problema a tu abuelo, por que los escándalos amatorios de éste continuaron durante la luna de miel con igual desenfreno que en su soltería. Aquella señora, señalóse determinadas habitaciones en este caserón y prohibió la entrada en ellas a su señor marido. En este retiro levantó altarcitos, se construyó un precioso oratorio y allí rezaba sus devociones y allí vivió reclusa voluntariamente, en fama de santidad para los criados, que era lo mismo que estarlo para Valencia entera.

»Su esposo se encogió de hombros y aceptó la solución adoptada por su mujer como la mejor para el problema. Y siguió sus correrías por los trigos levantinos nuestro «Don Juan», mientras aquí, en este mismo gabinete, lloraba sus penas resignadamente aquella ofendida señora. No extrañes que no diga «tu abuela», porque aquella dama ejemplar no fué abuela tuya.

»Así pasaban los días y los años, cuando en una cacería que organizó el abuelo Felipe con ciertos compañeros de glorias y fatigas amatorias, conoció en una de sus masías, situada en el campo de Liria, a la hija de sus colonos, linda y arrogante moza, a cuya hermosura puso cerco inmediatamente. Y aquella masía, que jamás había visitado, fué desde entonces la preferida en sus visitas. Nunca tenía prisa, ¡el muy truhán!, de que le rindieran cuentas aquellos colonos; jamás inspeccionaba las cosechas de aquella masía; colmábales de favores en cambio y alternaba campechanamente con ellos, singularmente con la moza.

»Llegó el enamoradizo galán a sentir tan hondo aquel último flechazo del amor, que pasaba más tiempo en la masía que en Valencia; pero en la conquista de la rústica hembra, no adelantaba el grueso de un cabello de Venus.

»La campesina resistía bravamente al seductor. Tenía novio y trabajaba junto a él en las largas noches

— ¿Son para mí? ¡Oh! ¡Es mucho..., son demasiado buenas!

invernales de la masía preparando su ajuar de novia.

»Enardecido tu abuelo, que fué muy vehemente, por los desdenes de aquella Psiquis huertana, abandonó un día el cerco y se vino a la ciudad. Llamó a un joyero y le encargó las más ricas arracadas de oro y esmeraldas finas que se pudieran hacer en Valencia. Con ellas, es decir, con estas arracadas en su estuche, tomó el camino de la masía, pensando como Ovidio que las dádivas ablandan hasta el pecho de los dioses.

»Buscó la ocasión, espío a la muchacha y un atardecer la vió salir con sus cántaros en dirección a la fuente del pequeño pinar que detrás de la masía extendía su masa umbría. La siguió y se hizo el encontradizo cuando inclinada en la fuente — cielo de puras y frescas linfas — llenaba sus quebradizas ánforas...

» — ¡Micaleta!, balbuceó el muy tuno, secos los labios y anheloso el pecho agitado por la hoguera del deseo.

» — ¡Ah! El amo... ¿Qué manda, señor?

» — ¡El amo! No lo soy; no quiero serlo para ti.

» — Bien; como quiera... ¿Qué me manda?

» — No mando, no exijo otra cosa sino que me oigas, Micaleta. Oyeme bien... Me voy de aquí para siempre... No volveré más a la masía...; pero como me duele conservar casa y lugares donde tanto he amado y sufrido sin lograr una remota esperanza, te la doy. La masía y las tierras son tuyas... ¡Adiós!

»E hizo ademán de marcharse.

» — ¡Oy! ¿Qué dice?, exclamó asustada la pobre muchacha.

» — Sí; que es ya tuya esa casa odiada y querida a la vez, porque en ella te conocí..., pero en ella te he de dejar para siempre en brazos de otro...

» — ¿Está loco, *siñorell*? ¡Eso no puede ser!

» — Sí; estoy loco y por eso huyo de aquí... ¿No me has dicho que no quieres despedir a tu novio, no te niegas a aplazar tu casamiento? Pues adiós..., sé muy feliz... La masía es tu dote..., y estas arracadas el regalo de boda.

»Y sacando el taimado este estuche, puso ante los abiertos ojazos de Micaleta estas deslumbradoras arracadas. No pudo disimular, lo mismo que la clásica Margarita, su asombro y su alegría la ingenua huertana, y balbuceó:

» — ¿Son para mí? ¡Oh! ¡Es mucho..., son demasiado buenas! ¿Dónde voy yo con cosa tan rica?

» — ¿Dónde, Micaleta? A donde quieras..., a la gloria... Pero ven, yo te las pondré... Mírate en el cristal de la fuente... ¿Ves qué hermosa eres? ¿Ves qué bien te sientan? ¿Te gustan? Pareces una reina, y lo eres. No te las quites, no. Dime con ellas puestas que me quieres, que no me odias, que las guardarás siempre como recuerdo mío... Di que me quieres, una vez tan sólo, y te dejo y me voy... para no cansar más tus oídos...

»Micaleta no contestó. Con la cabeza baja y la punta del delantal entre sus dedos, lloraba en silencio y sus lágrimas caían como gotas de rocío sobre el cristal de la fuente.

» — ¿Lloras? ¿Por qué?, gimió el libertino con honda emoción jamás sentida.

» — ¡Lloro... porque conozco que usted no quiere a la pobre labradora..., cuando así quiere deslumbrarla...

»Y quitándose las famosas arracadas las colocó en el abierto estuche, recogió sus dos cántaros que rebosaban..., y triste, muy triste, volvióse a la masía sin tornar una sola vez la cabeza.

»Recogió tu abuelo el estuche, lo guardó en el pecho y corrió tras la moza, que se detenía junto a un hombre montado a caballo en la misma puerta de la masía.

»Era el mayordomo de su casa de Palencia... La

señora... había caído enferma y deseaba verle... Los médicos desconfiaban de salvarla... Era urgente la presencia del amo allá...

»Entró un momento en sus habitaciones el amo y salió para montar a caballo y salir casi sin despedirse de nadie, cruzando sólo una mirada de súplica desesperada con Micaleta. Su mayordomo le seguía, como sigue la nube de polvo al huracán...

»Un año después llegó a la masía enlutado, hundido en el fondo de su coche de mulas, el doliente «Don Juan». Durante todo aquel tiempo que duró

»Estupefactos quedaron los buenos campesinos y la moza como quien ve visiones. Pero tu abuelo dió su palabra, al día siguiente salía para Valencia y pasado el luto se casó con Micaleta en la capilla de la masía, donde vivió con ella muchos años antes de traerla a Valencia e instalarla en esta casa, donde fué la «doña Micaela» de cuya espléndida hermosura has oído hablar a los viejos y confirma ese retrato.»

Y la narradora señaló a un lienzo que representaba a una huertana con su típico traje, ostentando entre sus joyas unas arracadas reproducción exacta de las que tenían madre e hijo en sus manos.

— ¿De manera que la fundadora de nuestra familia fué una huertana?, gimió el rico heredero.

— Que no quiso dejar nunca su traje de labradora, brillando casi nada en sociedad y dedicada a hacer feliz al marqués, que dejó de ser un libertino y fué padre amantísimo de dilatada prole. Y ésta es la historia novelesca que la propia protagonista refirió a mi madre y ésta me transmitió a mí... Y éstas son las arracadas ejecutoria de nuestra nobleza y alcurnia..., terminó amargamente la dama.

Un ceño persistente sombreaba la frente de su hijo. Parecía un ángel caído... Ángel caído de sus ensueños de nobleza, de su orgullo de raza... Y el que miraba antes con embeleso las famosas arracadas, las contempló por última vez con rabia y exclamó cerrando el estuche con ira:

— ¡Guárdalas!

Y salió de la habitación sin mirar el retrato de la abuela huertana, que, encerrado en su marco churriguesco, sonreía con amor y humildad...

#### CUADROS DE J. CARDONA

(Véanse los grabados de las páginas 153, 157, 160 y 161.)

Las mujeres de tipo gitano puro o simplemente gitanesco, de temperamento ardiente, de rostro expresivo y en muchas singularmente her-

moso, de ojos negros y provocadores, de cabellera de azabache, de cuerpo flexible y de ondulantes líneas, tienen un encanto especial para muchos artistas. Y se comprende que así sea, porque tales mujeres son verdaderamente dignas de estudio desde el punto de vista psicológico; y aparte de esto, los trajes y adornos con que suelen ataviarse ofrecen, por lo pintorescos, ancho campo al pintor para hacer alarde de sus dotes de colorista.

Entre estos artistas, Juan Cardona es uno de los que mejor han sabido ahondar en el alma de esas mujeres e identificarse con su modo de ser, y de los que con más acierto han logrado trasladarlas al lienzo con todo el vigor de su apasionado carácter y con toda la brillantez a que tan admirablemente se presta su indumentaria. Y es tal la atracción que sobre él ejercen, que hasta cuando se trata de otros tipos femeninos, nos los presenta agitanados las más de las veces.

Dentro de este género de pintura, Cardona ha llegado a adquirir verdadera personalidad, de tal modo que sus obras difícilmente pueden confundirse con las de cualquier otro artista. Díganlo, si no, las que actualmente tiene expuestas en el Salón Parés y en las cuales se admiran en grado extraordinario las altas cualidades que hemos señalado.

Pero además se admira en todas ellas una finura y una corrección de dibujo, una riqueza de colores, una armonía de tintas, una pastosidad de matices que demuestran un dominio absoluto de la técnica.

La exposición actual ha sido un nuevo gran éxito para el Sr. Cardona.



El notable pintor Juan Cardona, que expone algunas de sus obras en el Salón Parés (De fotografía de F. Serra.)

el luto que guardó e hizo guardar a su santa mujer, no tuvo noticias, ni las pidió, de la hermosa Micaleta. Sus padres habían asistido al entierro y a los funerales de la señora marquesa; pero el señor no les preguntó ni una sola vez por su hija.

»Durante el camino de Valencia a la masía, la mirada del marqués tu abuelo se perdía entre los viñedos y olivares, y hondas cavilaciones nublaban su frente. ¿Se habría casado Micaleta? ¿Permanecería soltera? ¡Ah! Y una ráfaga fosforescente animaba sus ojos mortecinos.

»Llegó. Sus servidores le recibieron respetuosos y solícitos, y entre ellos Micaleta sonriente y cariñosa.

»Aquella noche no vió junto a ella a su novio ni la vió trabajando en las labores de su ajuar. Preguntó y le respondieron:

» — ¡Ca! ¡Ya no hay nada de eso! Hubo diferencias porque sus padres no le daban al novio tanto como nosotros a la novia..., y se deshizo la boda como la sal en el agua...

»El marqués miró de hito en hito a Micaleta la gentil. ¿Sería por cálculo o por cariño verdadero hacia él aquel extraño rompimiento? Pero viendo que la mirada de Micaleta era serena y tranquila..., entró en su cuarto, abrió el vargueño que un año ha guardaba en uno de sus secretos estas arracadas y ofreciéndoselas a la honrada moza le dijo:

» — Recíbelas como mi regalo de boda...

» — ¿Ahora que no tengo novio, señor?

» — Sí, contestó el libertino emocionado. Póntelas porque hoy es el día de los dichos..., y el novio..., balbuceó con pasión, el novio ¡soy yo!

BARCELONA. - SALÓN PARÉS



LA MAJA DE LAS FLORES, cuadro de Juan Cardona

(Fotografía de F. Serra.)



En los Balcanes. - Refugiados serbios en un campo de las afueras de Salónica.

*Teatro de la guerra de Occidente.* - En la región de Verdún los alemanes han desarrollado una enérgica ofensiva, para la cual habían acumulado fuerzas extraordinarias, que algunos hacen ascender a 800.000 hombres, y su más poderosa artillería. La batalla, que comenzó el día 20 de febrero último y que todavía continúa, aunque no con la intensidad de los primeros días, ha sido indudablemente una de las más sangrientas de la actual guerra y en ella han demostrado por igual su pericia y su heroísmo los altos mandos y los ejércitos de ambos combatientes.

En la imposibilidad de describir, ni aun sumariamente, tan importante operación, nos limitaremos a extractar los principales hechos consignados en los partes oficiales.

Dicen los de los aliados: que los alemanes han tomado algunas trincheras de la primera línea al Este de Brabant y han adelantado en algunos puntos hasta las de segunda línea, si bien de estas últimas fueron arrojados por un contraataque; que los franceses han evacuado los pueblos de Haumont y Brabant-sur-Meuse y una parte del bosque de Caures, situándose en una línea de resistencia organizada detrás de Beaumont sobre las alturas que se extienden al Este de Champneuville y al Sur de Ornes; que han rechazado todas las nuevas tentativas en la región de Champneuville y en la altura de Poivre; que han reconquistado una posición en el frente de Douaumont; que han rechazado los ataques contra la altura de este último nombre y contra la meseta al Norte de la aldea de Deyouse, y las tentativas de los alemanes para tomar el pueblo de Douaumont; y que en el Woevre han expulsado a los alemanes de la estación ferroviaria de Eix y han hecho fracasar los ataques contra la cota 255, situada al Sudeste de Eix, contra Manheulles y contra Fresnes.

Añaden los aliados que los movimientos de repliegue ordenados para evitar pérdidas inútiles se han efectuado con una cohesión perfecta, sin que el enemigo haya podido romper en ningún punto el frente francés.

Los alemanes dicen que al Este del Mosa han penetrado en las posiciones

Woevre, han roto la resistencia enemiga en todo el frente hasta la región de Barcheville, al Sur de la carretera de Metz a París, y prosiguiendo su avance, han llegado en muchos puntos al pie de las alturas de Lorena.

El avance total de los alemanes, como consecuencia de estas operaciones, es de unos 10 kilómetros en línea recta al Noroeste de Verdún, contando desde el bosque de Consenvoye, en donde empezó el ataque, y de unos 8 kilómetros al Nordeste de la citada plaza. El bosque de Bras dista de Verdún cinco kilómetros y medio.

En otros puntos del frente occidental han ocurrido los hechos siguientes:

Los ingleses han ocupado un hoyo de mina que hicieron estallar en el reducto de Hohenzollern; los franceses han recuperado parte de las posiciones que les habían tomado los alemanes en el bosque de Givenchy (Artois); y en la Champaña se han apoderado de un saliente alemán al Sur de Sainte-Marie a Py, y han rechazado un ataque del enemigo, confesando, en cambio, que éste ha conseguido penetrar en algunos elementos de la línea avanzada y de las trincheras de sostén.

Los alemanes dicen que entre el canal de La Bassée y Arrás, al Oeste de Souchez, se han apoderado de 800 metros de trinchera francesa; que han rechazado ataques ingleses al Sudeste de Iprés y al Sudeste de Armentieres; que en la Champaña han tomado la granja de Navarin y las posiciones francesas

de ambos lados de la misma; y que en la Alta Alsacia han ocupado posiciones enemigas en una extensión de 700 metros y una profundidad de 400. Reconocen, en cambio, que los franceses han logrado penetrar en una trinchera al Sur de Sainte-Marie a Py, ocupando de ella una extensión de 250 metros.

*Teatro de la guerra de Oriente.* - Los rusos han continuado atacando vigorosamente en la Bukovina, en donde han desalojado a los austriacos de algunas posiciones, y han progresado en la región de Dwinsk rechazando a los alemanes.

El general Kuropatkine ha sido nombrado general en jefe de los ejércitos rusos del frente Norte.

Los austriacos han desalojado al enemigo de sus posiciones avanzadas al Sudeste de Kozlow, en el Strypa, y han rechazado las tentativas de avance realizadas por los rusos contra los puestos de observación situados al Norte de Tarnopol.

*Italianos y austriacos.* - Los italianos han conquistado la gran montaña llamada del Collo, en el valle de Sugana; han penetrado en una trinchera en la falda septentrional del monte San Michele; han rechazado ataques contra las posiciones del monte Mzerli, en el monte Nero, y han tenido encuentros favorables al Norte del Mori, en la zona de Rombón y al Noroeste de Goricia.

Los austriacos han rechazado ataques contra posiciones del monte San Michele y al Este de Salezzo.

*En los Balcanes.* - Los austrohúngaros, después de haber derrotado las fuerzas italianas y las de Essad Bajá, se han apoderado de la ciudad de Durazzo.

Las tropas italianas que guarnecían aquella plaza y que habían sido enviadas allí para proteger la evacuación de los serbios, montenegrinos y albaneses, han sido embarcadas y transportadas sin ningún incidente a la base de Valona.



Reciente fotografía del gran duque Nicolás de Rusia, a quien corresponde el honor de la toma de Erzerum



En el frente ruso. - Entusiasmo de los soldados al recibir la noticia de la toma de Erzerum

francesas en una extensión de 10 kilómetros y en una profundidad de tres; que han ampliado esta conquista ocupando Brabant, Haumont, Samagnaux, la región cubierta de bosques al Norte y Nordeste de Beaumont, Herbebois, Coutelet, Marmont, Beauchat, Chambrelles, Ornes, Beaumont, el fuerte de Douaumont, Champneuville y la altura de Talón, avanzando hasta muy cerca del borde Sur del bosque situado al Noroeste de Bras; y que han rechazado todos los ataques enemigos, consolidándose en las posiciones conquistadas. En el



LA GUERRA EUROPEA. - EL ESPÍRITU RELIGIOSO DEL SOLDADO RUSO: ELEMENTO VITAL EN EL CUIDADO DE LOS HERIDOS



Heridos que no confían en su curación sin la bendición de la Iglesia: ceremonia religiosa en un hospital de sangre ruso, dibujo de Federico de Haenen. (Reproducción autorizada.)

El soldado ruso está animado de profunda fe religiosa, que es, indudablemente, uno de los secretos de su valor y resistencia portentosa. El diputado Mr. Ian Malcolm, que recientemente pasó a Rusia como miembro de la Cruz Roja británica, ha presenciado algunos ejemplos interesantes de la influencia de la religión en las heroicas tropas del zar. Al describir la bendición del Palacio de Invierno del Emperador, en Petrogrado, convertido en hospital, dice: «Esta ceremonia religiosa es imprescindible en la apertura de cualquier hospital ruso, pues los soldados no confían gran cosa en su curación si su lecho y la sala no están benditos por el pope.» De otro hospital de Petrogrado adonde llegaron soldados rusos repatriados de Alemania escribe: «En menos de media hora fueron

sacados del tren, con ayuda de los enfermeros, y conducidos al salón de recepción del hospital 200 heridos; habíase levantado en uno de sus extremos un altar portátil, y junto a él estaban los popes con vestidos de plata y oro y rodeados de un coro de veinte cantores. El representante del Emperador dió a los heridos la bienvenida en nombre de Su Majestad; una banda militar ejecutó el himno nacional, y los repatriados lo cantaron con lágrimas que ni el dolor ni el terror les habían arrancado de los ojos. Después se rezó un tedéum. A continuación se desmanteló reverentemente el altar, retiráronse los popes y el coro y los repatriados se sentaron a la mesa donde se les sirvió un buen almuerzo: tan contentos como reyes victoriosos.»

BARCELONA. - SALÓN PARÉS



VENDEDORA DE NARANJAS, cuadro de Juan Cardona

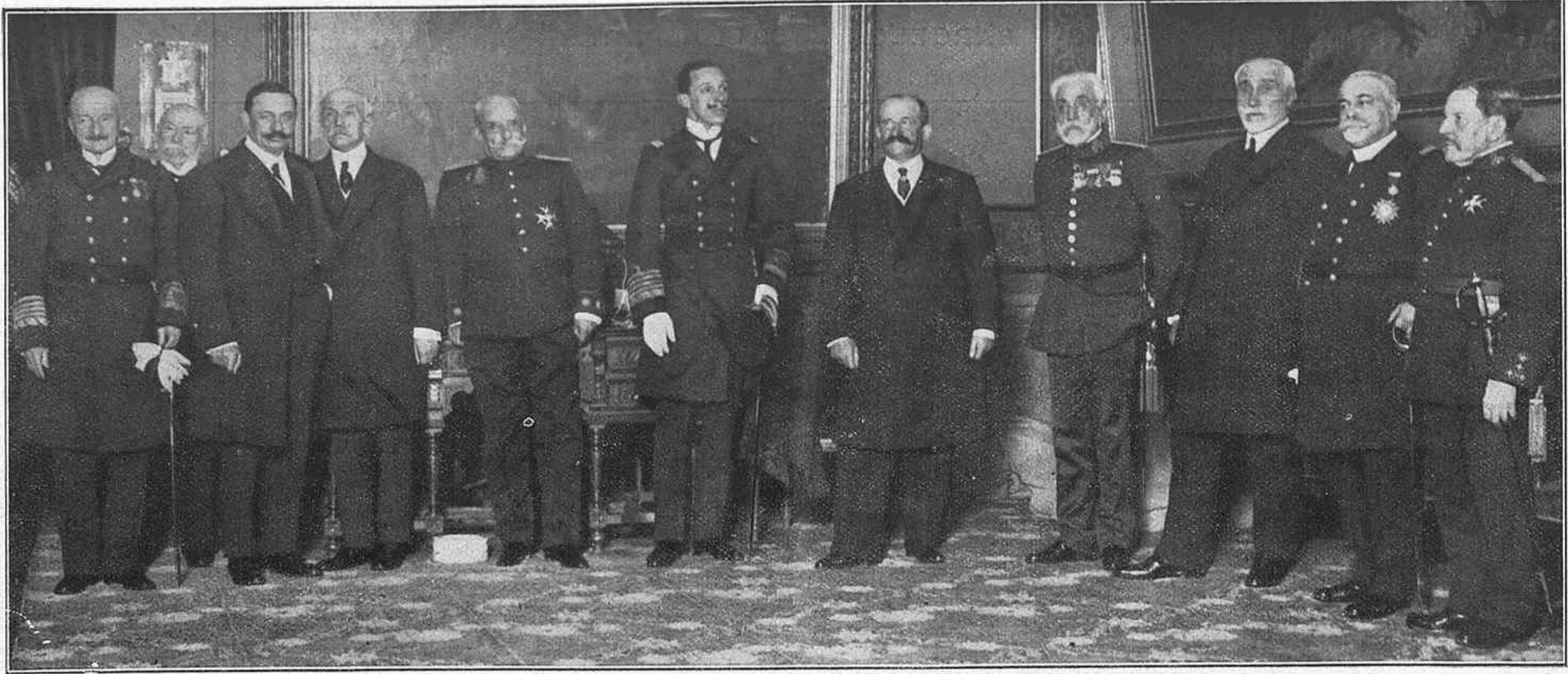
(Fotografía de F. Serra.)

BARCELONA. - SALÓN PARÉS



LA GITANILLA, cuadro de Juan Cardona

(Fotografía de F. Serra.)



Madrid. - Reunión en el Ministerio de la Guerra, bajo la presidencia de S. M. el Rey, de la Junta de Defensa Nacional. De izquierda a derecha: almirante Sr. Viniegra; marqués de Alhucemas, expresidente del Consejo de Ministros; D. Eduardo Dato, expresidente del Consejo de Ministros; el capitán general Sr. Primo de Rivera; S. M. el Rey; el conde de Romanones, presidente del Consejo de Ministros; el general Luque, ministro de la Guerra; D. Antonio Maura, expresidente del Consejo de Ministros; el general Miranda, ministro de Marina; el capitán general D. Valeriano Weyler. (De fotografía de nuestro reportero J. Vidal.)

#### MADRID NOTAS DE ACTUALIDAD

Bajo la presidencia de S. M. el Rey se ha reunido en el Ministerio de la Guerra la Junta de Defensa nacional. El monarca fué recibido por el ministro general Luque y se trasladó al despacho de éste en donde estaban ya reunidas las personalidades que constituyen la Junta. La deliberación duró dos horas y no se tiene noticia de lo tratado porque los vocales se juramentaron para guardar la más absoluta reserva.

En el Asilo de Nuestra Señora de las Mercedes se ha celebrado un solemne acto para honrar la memoria del capitán señor Montilla Escrich, que había nacido en dicho establecimiento en 1895, cuando era director del mismo su ilustre abuelo el popular novelista Sr. Pérez Escrich, y que murió valerosamente en Izarduy (Tetuán) en 1914, habiéndosele concedido por su heroísmo el empleo de capitán y la cruz laureada de San Fernando. El padre del capitán Montilla renunció a la pensión de la cruz otorgada a su hijo fundando con ella, entre otros premios, uno anual en favor de una niña del mencionado asilo.

El acto, al que concurrieron la Comisión provincial y varios individuos de la familia del señor Montilla, comenzó con la lectura de la carta del padre del heroico capitán instituyendo el premio y del acuerdo de la Diputación de perpetuar el heroísmo del malogrado oficial; después se pronunciaron elocuentes discursos y se procedió al sorteo del premio y finalmente se descu-



Madrid. En el Asilo de Nuestra Señora de las Mercedes. - Descubrimiento de la lápida costeada por la Diputación provincial para perpetuar la memoria del heroico capitán Sr. Montilla Escrich, muerto gloriosamente en Izarduy y nacido en aquel asilo siendo Director del mismo su abuelo, el ilustre novelista Sr. Pérez Escrich. El padre del capitán Montilla ha renunciado a la pensión de la Cruz laureada de San Fernando otorgada a su hijo, fundando con ella un premio anual a favor de una asilada. La niña que está al pie de la lápida es la favorecida con el premio. (De fotografía de nuestro reportero J. Vidal.)

como las circunstancias extraordinarias por que actualmente Barcelona atraviesa. El nombramiento del Sr. Rius ha sido bien acogido en esta ciudad, en donde cuenta con grandes y numerosas simpatías.

brió la lápida conmemorativa costeada por la Diputación provincial.

#### EL NUEVO ALCALDE DE BARCELONA

Ha sido nombrado alcalde de esta capital D. Manuel Rius y Rius, marqués de Olérdola, hijo del inolvidable Rius y Taulat a quien tanto debe Barcelona, cuyo engrandecimiento puede decirse que fué obra de aquel hombre eximio, modelo de ciudadanos.

El Sr. Rius, joven todavía, conoce perfectamente los principales problemas municipales que afectan a nuestra ciudad, por haber sido recientemente concejal durante cuatro años, y en diversas ocasiones ha demostrado gran firmeza de convicciones y de carácter.

Estas condiciones permiten prever que su actuación al frente del Ayuntamiento barcelonés ha de ser altamente beneficiosa para los intereses de nuestra capital, y el nombre que el señor Rius lleva y que ha de servirle de poderoso estímulo, hace esperar que será digno continuador de la obra de su ilustre padre, y que sabrá vencer las no pequeñas dificultades que a su gestión han de ofrecer así la constitución especialísima de nuestra corporación municipal,



Barcelona. - Llegada del nuevo alcalde Sr. Rius y Rius a esta ciudad procedente de Madrid a raíz de su nombramiento. (De fotografía de nuestro reportero A. Merletti.) - El alcalde accidental Sr. Durán y Ventosa haciendo entrega de la vara al Sr. Rius y Rius. (De fotografía de Badosa.)

# LA DAMA DE LAS PIEDRAS PRECIOSAS

NOVELA ALEMANA ORIGINAL DE EUGENIA MARLITT, PROPIEDAD DE ESTA CASA EDITORIAL

¿Acaso la pasión de padre le obcecaba de tal manera que le impedía a él, que veía la paja en el ojo ajeno, ver la viga en el propio? ¿O era que el señor

hubieses dado un susto a la vieja tía, haciéndola creer a ella también en apariciones. No, no te figures que me he dejado coger en la trampa; pero de todos modos confieso que he tenido al pronto cierto sobresalto. ¡Por Dios, que no te vea Bárbara! ¡Pero cómo te pareces a la pobre Dorotea en ese traje, y eso que ni una sola gota de su sangre corre por tus venas! Por supuesto, que mirándote bien se ve que, aparte de la figura, no te asemejas en nada a ella; tu nariz afilada, esos hoyuelos en las mejillas...

— Ciertos rasgos de la boca y de los ojos y la actitud de la cabeza son lo que da el parecido, dijo Herberto. La bella Dorotea, en su afán de oposición, había despreciado osadamente las preocupaciones de su tiempo, como lo demuestran de una parte su cabello no empolvado y de otra su matrimonio. Debió de ser una mujer testaruda y altiva, y esas cualidades imprimen un sello especial a la fisonomía.

Margarita alzó tranquilamente los ojos hacia un espejo colgado delante de ella y que reproducía toda su figura.

— Si, es verdad, dijo, hay mucha altivez infantil en esta calaverada mía; pero confieso que me ha divertido lo que no es decible. Y aunque todo el mundo me lo censurara ello no impediría que me sintiese muy a gusto en este traje de gala de la «dama blanca»... También es verdad que estoy muy mal con las preocupaciones sociales, lo que es un crimen de Estado que naturalmente ha de poner los pelos de punta a las personas graves. Por esto tienes razón, tío Herberto, en reprenderme; aunque lo hagas figuradamente, apelando a la sátira.

Y después de decir esto se arregló los magníficos encajes flamencos que adornaban su corpiño y sus mangas con tanta tranquilidad y cuidado como si un momento antes no hubiese perdido la serenidad, y penetró en el salón.

— Temo únicamente, añadió encogiéndose de hombros, que vas a obtener de mí mejores resultados que los que obtenías en otro tiempo cuando mis cuadernos de escritura y mis recitaciones de vocablos franceses te excitaban los nervios. En efecto, hoy al igual que entonces escribo como si en vez de pluma me sirviese de un trozo de madera, y en cuanto a mi francés germanizado procuro que no lo oigan oídos parisienses.

— ¡Vamos, no exageres!, exclamó riendo tía Sofía. ¡No será tanto como dices! Pero dejemos esto y ven a ver este estropicio.

Y cogiendo del alféizar de la ventana los trozos de un jarrón antiguo, los puso encima de la mesa del centro del salón y prosiguió diciendo:

— Bien sabes con qué cuidado trato yo todos los objetos de aquí arriba; y hasta ahora, gracias a Dios, no he tenido que lamentar ningún desperfecto. Pues bien, hoy ese imbécil de Federico ha dejado caer de la consola ese jarrón, que se ha hecho pedazos... Y lo peor es que no he podido desahogarme regañando al culpable, porque al infeliz le castañeteaban los dientes del susto y movía a risa ver cómo se sacaba un par de monedas del bolsillo para pagar el daño causado. No sé los ducados que debieron costar esos dos jarrones; no sé más sino que costaron una barbaridad de dinero; tu abuelo Teófilo los trajo de Italia.

Margarita, que se había acercado a la mesa, dijo después de examinar un momento los trozos del jarrón:

— Es una imitación, y una imitación mala; el abuelo se dejó engañar. Puedes arrojar tranquilamente a la basura esos pedazos de barro; de la misma procedencia que ellos es el puchero en que Bárbara hace el café.

— Lo afirmas con tanta seguridad, dijo Herberto desde la ventana, que no parece sino que sea el propio tío Teobaldo quien habla. Ahora me explico

que eche tanto de menos a su sabia colaboradora.

— ¿Colaboradora?, repitió la joven riendo. ¡Su espíritu doméstico, su gnomio, querrás decir! Una especie de duendecillo que cuida de la estufa de la biblioteca, lo que no podría hacer un criado; que de cuando en cuando hace una taza de café fuerte y la deja, sin que la vean, donde pueda alcanzarla el sabio ilustre enfrascado en sus trabajos; que a veces, deslizándose silenciosamente como una lagartija, arrastra de un lado a otro la escalera de la biblioteca a fin de facilitar sus estudios buscándole precisamente el libro que necesita. He aquí lo que soy yo para mi tío... Y si algo se me pega del espíritu y de la ciencia que allí se respiran con el aire, no es ningún milagro. Lo que sí te diré es que aquí, y con el dedo se golpeó la frente, el informe caos permanece sin ordenar y resulta, por consiguiente, inutilizable. Pero ¿quién va a exigir esto de una muchacha como yo? ¿No opinas tú también así, tío Herberto?

Sonriendo, tiró el fragmento del jarrón sobre la mesa y de repente, mirando con fijeza a su tío, preguntó:

— Pero ¿cómo sabes que tío Teobaldo echa de menos mis pequeños servicios?

— Tú misma puedes enterarte de ello; mi madre ha recibido hace poco una carta de tía Elisa en que le dice que no sólo haces falta en el despacho de su marido sino que también los contertulios de ella desean vivamente tu pronto regreso. Y a propósito ¿es cierto que el Sr. de Billingen-Wackewitz es el niño mimado de aquellas reuniones?

— ¿En qué te fundas para creerlo así?, replicó ruborizándose y arqueando las cejas.

— Voy a decírtelo, respondió Herberto, sin apartar los ojos del rostro de su sobrina. Apostaría a que en la extensa y minuciosa epístola de tía Elisa se habla repetidas veces del guapo mecklemburgués.

— Es un protegido de tía Elisa y uno de los pocos nobles que frecuentan la casa de tío Teobaldo, «del antiguo fanático por la libertad», dijo Margarita dirigiéndose a su tía Sofía.

Herberto se apoyó en el marco de la ventana y preguntó con sorna:

— ¿Conque una inclinación política, Margarita? Tía Elisa no escribe en ese sentido.

La joven sintióse herida en su altivez, y sus ojos echaron chispas; pero se contuvo y encogiéndose de hombros con gesto de incredulidad, contestó:

— Esto tiene todo el aspecto de comienzo de habladuría familiar y no puedo creer que a ella se haya



... y juntando las manos, soltó una carcajada

consejero provincial había conseguido alucinarle? Lo cierto era que Herberto había comido tranquilamente como si las diatribas de su padre fuesen la cosa más natural del mundo y ni un momento había asomado a su rostro el rubor del embargo o de la vergüenza; había fumado su cigarro, siguiendo con los ojos las leves espirales del humo azul, y lo que había dicho durante la conversación era verdaderamente sensato y revelaba excelente criterio.

Por lo demás, a ella le tenía muy sin cuidado que el verdadero fondo del carácter de su tío fuese éste o el otro; lo único que la mortificaba era que continuase juzgando como años atrás a los hijos de su difunta hermana, que el Reinoldo ejemplarmente aplicado de otros tiempos no hubiese perdido a sus ojos ninguna de sus virtudes y que siguiese no reconociendo cualidad buena a la que él llamara «cabrita salvaje.»

¿Y por ventura no tenía razón? Reinoldo estaba en absoluto consagrado a su trabajo, era la fría inteligencia personificada; en cambio a ella se le antojaban locuras de verdadero Carnaval, como la que estaba cometiendo en aquel mismo instante...

El despecho la hizo sonrojarse y trató de retirarse sin que la vieran; Herberto y tía Sofía estaban de espaldas a ella, entretenidos en contemplar los objetos puestos en el alféizar de la ventana, y el ruido de la puerta estrepitosamente cerrada por el criado no habría dejado seguramente llegar a su oído el rumor del roce de la cola de su falda; pero ahora el silencio era tan absoluto, que el menor movimiento de la joven había de llamar por fuerza la atención de sus tíos.

De pronto, tía Sofía se volvió y quedóse un momento sin poder articular una palabra; pero en seguida se repuso de su asombro y, juntando las manos, soltó una carcajada.

— ¡Por poco logras lo que sin duda te has propuesto!, exclamó. No hubiera sido mal bromazo que



— Es una imitación, y una imitación mala...

prestado la pluma de mujer tan inteligente como nuestra tía.

— La experiencia enseña, replicó Herberto riendo ruidosamente, que en materia de casamientos, todas las mujeres, lo mismo las sabias que las tontas, padecen de una común debilidad.

— ¡Oh, yo no, por favor!, exclamó tía Sofía protestando enérgicamente. En mi vida he querido meterme en estos asuntos tan escabrosos.

— No se vanaglorie usted tan pronto, señorita Sofía, replicó Herberto sarcásticamente. ¡Quién sabe si está usted a punto de caer en la tentación! Dicen que el Sr. de Billingen es un guapo mozo.

— Sí, dijo Margarita; es alto y tiene la cara blanca y sonrosada como una flor de manzano.

— Y sobre todo lleva un nombre ilustre y muy antiguo, replicó Herberto sin levantar los ojos de sus manos que parecía estar contemplando en aquel momento.

— Sí, antiquísimo, dijo Margarita; tanto, que aun hoy en día discuten los heráldicos sobre si el objeto extraño que hay en uno de los cuarteles de su escudo es el hacha de sílice de un troglodita o un fragmento de telar de la época lacustre.

— ¡Diantre!, exclamó tía Sofía con acento socarrón. ¡Vaya un árbol genealógico! Delante de él han de esconderse vuestras encinas más seculares. Y dime, Margarita, ¿a tanta altura aspiras a encumbrarte?

— ¿Y por qué no?, respondió la joven en cuyos ojos brillaba una expresión maliciosa. ¿Acaso el querer subir muy alto no es un rasgo de nuestra época? ¡Y yo, una muchacha!, una muchacha que tiene cuatro onzas menos de cerebro que los reyes de la creación, cómo iba a pensar en estas materias por cuenta propia y a querer seguir mi camino sin preocuparme del resto del mundo! ¡No, no soy tan insensata! Al contrario, sigo el camino ducho de la moda del día, como los demás, y no me paro a pensar por qué no me ha de dar el capricho de ser más de lo que soy y de sacudir el polvo de mi humilde pro-sapia.

— ¡Pero, hija mía! ¡Si esos antepasados nuestros te oyesen!, exclamó en tono amenazador tía Sofía señalando algunos retratos, no descolgados todavía, de los antiguos comarcanes que parecían mirarlos severa y orgullosamente.

Margarita se encogió de hombros sonriendo.

— ¡Quién sabe adónde habría ido a parar su rígido espíritu burgués si hubiesen vivido en nuestros tiempos! Hace poco oí decir: «Somos hijos de nuestra época y no espartanos»; y pudiera muy bien ser que los antiguos Lamprecht, que con la aplicación de la abeja labraron una fortuna en el escritorio y en los almacenes, hicieran hoy lo que tantos otros y se considerasen muy dichosos aportando su miel, como dote de sus hijas, al hogar desprovisto de alguna rancia e ilustre familia. Este debe ser el orgullo de la clase media hoy en día; así lo dice la gente.

— Sí, así lo dice la gente, repitió Herberto asintiendo con un movimiento de cabeza. Por supuesto que esta opinión la debes de haber aprendido de labios ajenos.

— ¡Naturalmente!, respondió Margarita sonriendo. Soy una muchacha que hace como las demás, que repito lo que oigo decir. Escucho cuando otros discuten sobre el actual estado de cosas, y algo de lo que dicen realmente me interesa; por ejemplo, la cucaña que ahora ha de levantarse en el mundo y en lo alto de la cual hay mil objetos apetitosos...

— Y a la cual se lanzan en tropel tantos ambiciosos, ¿no es verdad, Margarita?, dijo interrumpiéndola Herberto, dejando asomar a sus labios una fría sonrisa.

La mirada de la joven, al cruzarse con la de su tío, se ensombreció.

— Sí, tío, es verdad. Se lanzan en tropel para asaltarla aquellos para quienes el noble término no es bastante bueno, los que consideran que el camino recto no es el mejor. Cierto que más de uno de los que suben sufren una mortal caída; pero de no ser así, dice la gente, el encaramarse sería lo más fácil del mundo. Y para subir hay que atender únicamente a las señales externas, y en manera alguna a una voz interior, como la del corazón, o a la convicción verdadera porque, de lo contrario, se cae uno, como el sonámbulo que se precipita desde lo alto de un tejado cuando le llaman. A veces también sirven de poderoso auxilio para la ascensión bellas manos femeninas...

— ¡Silencio!, murmuró tía Sofía señalando con el dedo hacia la escalera.

Acababa de oír en aquella dirección ruido de pasos que le parecieron muy oportunos, porque deseaba que terminase aquel diálogo al cual amenazaban dar un sesgo penoso las alusiones de Margarita.

— ¡Echa a correr, hija mía, y quítate en seguida esas ropas! Los pasos que se oyen me parecen ser de Reinoldo y ya sabes que es poco amigo de bromas y que la discreción y la finura no son su fuerte.

Margarita corrió hacia la puerta, deseosa de evitar toda disputa con su hermano; pero era demasiado tarde: el irascible Reinoldo estaba ya en la galería acompañado de su abuela.

## XII

Detuviéronse asombrados la señora consejera y su nieto ante la aparición de la «bella Dorotea» que

parecía haber bajado del cuadro en que durante tanto tiempo había permanecido en efígie y que ahora, al verles a ellos había retrocedido hasta ponerse junto a la mesa del centro del salón, con la frente inclinada, como dispuesta a recibir, sin contestarlos, todos los improperios que sobre ella iban a lanzarse.

— ¡Otra insensatez de las tuyas!, exclamó Reinoldo cuando hubo recobrado el aliento. Un susto así puede ocasionar la muerte a cualquiera.

— Sí, Reinoldo; ha sido una solemne tontería, respondió la joven casi sonriente.

Y en seguida fué cerrando todas las puertas para que a su hermano no le diese el aire que tan perjudicial le era.

— ¡Ha sido una locura!, murmuró Reinoldo sin apartar su mirada iracunda de Margarita. Con el roce se desprende la plata de esa tela gastada. Me gustaría que papá estuviese aquí y viese cómo arrastras por el suelo ese precioso traje que figura en el inventario; tal vez así dejaría de sentir esa preferencia por ti que parece haberle entrado de repente. ¡Cualquiera diría que en Berlín te has hecho una joven modelo de saber y de prudencia!

— No te agites, Reinoldo, dijo Margarita en tono de súplica. Mira, ahora mismo me voy, y dentro de cinco minutos estas ropas vuelven a estar en su sitio, de donde te prometó que no he de sacarlas nunca más. ¡Vamos, sé bueno!, añadió tocando ligeramente con sus delicados dedos la mano que Reinoldo tenía apoyada sobre la mesa y que retiró rápidamente.

— ¡Déjate de niñerías, Margarita! Ni de pequeño he podido soportar que me tocasen ¡bien lo sabes!

La joven asintió con la cabeza; recogióse cuidadosamente la cola para que no hiciese ruido al marcharse y se dirigió hacia la puerta; pero al llegar al umbral de ésta, vaciló y volvióse atrás.

Había oído exclamar a su hermano «¿Qué nuevo estropicio es éste?» revolviendo colérico los trozos del jarrón roto.

— Ya verás, Reinoldo, ha sido una pequeña desgracia de esas que fácilmente ocurren cuando se procede a una limpieza general, contestóle tía Sofía encogiéndose de hombros y guardándose de nombrar al infeliz criado causante del accidente.

— ¡Cómo una pequeña desgracia!, replicó el joven enfurecido. Pero, tía Sofía, no parece sino que no te das cuenta del valor que tienen esas cosas confiadas a tu cuidado. Ese jarrón costó diez ducados; te lo enseñaré en el inventario, ¡diez ducados! Se le erizan a uno los cabellos cuando ve cómo tantas personas tiran por puro capricho el dinero; y una de esas personas fué el abuelo, que no cesaba de comprar objetos del tiempo de Maricastaña derrochando en ellos una fortuna. Los anticuarios lo saben y nos asedian de continuo para adquirirlos; pero papá no quiere desprenderse de ellos y yo me consumo de ira viendo esas dilapidaciones... Día vendrá, sin embargo, en que todo esto variará; y yo sé de uno que se desembarazará de todo esto y convertirá en dinero contante y sonante todo lo que no sea absolutamente necesario para los usos domésticos.

Movió la cabeza agitadamente y dejó sobre la mesa el fragmento del jarro que tenía en la mesa.

— ¡Diez ducados! ¡Nada, como quien dice! ¡Una bicoca, en sentir de las gentes de esta casa que no saben contar!

— Tranquilízate, dijo tía Sofía sin inmutarse; hace tiempo que he olvidado la tabla de multiplicar, pero no necesito recordarla ni estar sentada en tu silla de escritorio para saber lo que vale el dinero. Los diez ducados de este jarrón los tiró por la ventana no el que le ha roto sino el que lo compró en otro tiempo; al más inteligente le hacen tomar por auténtica una imitación.

Y diciendo esto señalaba los tiosos de encima de la mesa.

— ¡Cómo! ¿Una imitación? ¿Quién dice esto?

— Lo dice Margarita, respondió Herberto que se había acercado lentamente.

— ¿Margarita? ¿Ésa?, exclamó Reinoldo soltando la carcajada y señalando con el dedo a la joven.

— Sí, tu hermana, afirmó de nuevo el consejero provincial, mirando con expresión de reproche a su sobrino que continuaba riendo con impertinencia. Por lo demás, te suplico que modifiques el tono descortés en que hablas a tía Sofía y a tu hermana. Durante toda tu vida y a causa de tus nervios fácilmente excitables, se te han consentido muchas cosas, tanto que demasiadas; pero ahora has de saber que también tú tienes deberes de educación que cumplir.

Reinoldo, al principio, había mirado perplejo a su tío; tan dura reprimenda en aquellos labios era para él cosa enteramente nueva. Pero como, a pesar de todo su desdoro, era un cobarde que se apartaba

sin chistar cuando se encontraba delante de alguien más fuerte que él, mordióse los labios y no contestó. Bajó los ojos tímidamente y, sacándose del bolsillo una carta, la tiró sobre la mesa de modo que se viera el gran sello que en ella había.

— Esa carta es para ti, Margarita, dijo malhumorado; la han dejado en el escritorio, y únicamente por el escudo que ostenta y que casi es tan grande como el de nuestro duque, me he tomado la molestia de subir la escalera que es donde hay siempre corrientes de aire; por lo demás, me es indiferente saber quién te escribe.

Margarita púsose encendida como la grana; la arrogancia de que hasta entonces había hecho gala abandonóla de pronto y se quedó inmóvil y perpleja mirando con expresión de angustia y timidez aquella carta.

— Es el escudo de los señores de Billingen-Wackwitz, Reinoldo, exclamó la consejera con acento solemne y visiblemente emocionada. Podría enseñarte más de un billete íntimo, piadosamente guardado, que ostenta ese magnífico sello. Una señorita de Billingen fué, en otro tiempo, mayordoma mayor de nuestro gracioso soberano; se mostró muy buena conmigo y me escribió a menudo a propósito de vuestras asociaciones femeninas... ¡Dios mío, si yo entonces hubiese podido pensar!..

Se interrumpió de pronto y fijando una mirada de éxtasis en su nieta, enlazóle un brazo al talle y la atrajo hacia sí.

— ¡Margarita, mi querida Margarita! ¡Tunantuela!, exclamó con acento en extremo cariñoso. ¿Conque éste era el imán que te retenía en Berlín? ¡Y yo, tan ciega que te censuraba, mientras tú eras llamada a traer a nuestra familia una dicha tan inefable! ¡Qué torpeza, qué injusticia la de tu abuela! ¿Verdad, hija de mi alma? ¿Me guardas rencor?

Margarita se desprendió del brazo de la consejera y se apartó un poco. Había recobrado su aplomo.

— No tengo por qué guardarte rencor, respondió con cierta sequedad y arreglándose los encajes «de la preciosa pieza del inventario», mientras miraba de soslayo a Reinoldo. Además, ese sentimiento es impropio de una nieta para con su abuela. Pero no debemos entregarnos a estas manifestaciones mientras yo lleve el traje de gala de la bella Dorotea; Reinoldo nos regañaría.

— ¡Ah, si él supiera lo que yo sé!, respondió la consejera mirando maliciosamente a su nieta. Entonces convendría conmigo en que ese traje te sienta a las mil maravillas. Sí, tal como te veo, con esa actitud tan arrogante y esa carita tan inteligente y tan picaresca..., a una abuela bien puede perdonarsele esta vanidad..., te aseguro que puedes ponerte, sin temor de desmerecer de ellas, al lado de los retratos de las ilustres damas que adornan las paredes de cierto salón...

— ¿Hasta con mi pelo enmarañado y mis modales hombrunos, como tú has dicho tantas veces, abuela?

La señora consejera se sonrojó ligeramente y levantando las manos exclamó:

— ¡Hija de mi alma!.. Pero no, hoy no quiero decir nada. Mañana, o, mejor quizás, dentro de unos días, tendrás que contarme muchas, muchísimas cosas que han de hacer mi felicidad en el resto de mi vida. Ya lo sé; y hasta entonces quiero resignarme.

Margarita no contestó; cogió tímidamente la carta, metióse la en el bolsillo y salió del salón para poner nuevamente en su sitio el traje de la bella Dorotea. En aquel momento la señora consejera se acordó de que había bajado de su casa únicamente para pedir a tía Sofía la receta de cierta torta; y Herberto, que había entrado allí por haber oído, al pasar por la galería, el estrépito de la rotura del jarrón, había cogido hacia un rato el sombrero y el bastón de encima de la mesa y abandonado aquella estancia.

De pie se estaba junto a una consola, examinando, al parecer con gran interés, los jarros y las copas que en ella había, cuando pasó por delante de él Margarita en dirección al corredor.

— Más tarde tendrás que darme algunas explicaciones, dijo, sin cambiar de postura, a media voz, pero enérgicamente a su sobrina.

— ¿De veras, tío?, replicó la joven acercándose a él sonriente. Pues si hay que dar explicaciones, vale más darlas desde luego, si quieres. Las hijas y las sobrinas deben hacerlo así y pueden hacerlo con toda confianza sin que ello redunde en menoscabo de su dignidad.

Herberto volvióse enteramente hacia ella y al mismo tiempo clavó en Reinoldo, que se acercaba, una mirada tan terrible, que el larguirucho muchacho, desconcertado, dió media vuelta y salió de la galería con su tía y su abuela.

— Diríase, murmuró Herberto con cierto malhu-

mor, que cuentas dobles para mí los años durante los cuales no nos hemos visto. ¿Qué, te parezco muy viejo y muy respetable?

Margarita inclinó un poco la cabeza y sus ojos impertinentes examinaron con detención las facciones de su tío.

— Si quieres que te diga la verdad, no es tanto como te imaginas. En tu hermosa barba no veo una sola cana.

— ¡Mala señal es que hayas de fijarte en estos detalles!

Miró un momento al través de la ventana más próxima y añadió:

— Me ha sorprendido que, a tu llegada, me hayas saludado tan respetuosamente. Que yo recuerde, sólo Reinoldo me ha llamado siempre «tío»; tú, nunca.

— Tienes razón; yo nunca te llamé así, a pesar de los sermones de la abuela. Tu cara no me imponía, esa cara de la cual decía Bárbara que era como de leche y sangre.

— ¿De modo que ahora mis colores te parecen grises?

— No, no es esto, dijo Margarita riendo; es la barba lo que me impone, esa barba de corte aristocrático.

Herberto se inclinó irónicamente.

— Además, siguió diciendo la joven, cuando anteanoche te vi sentado junto a la bella señorita y luego saliste a la galería con un aire majestuoso, que no parecía sino que fueras el primer magistrado de la ciudad, al ver tu figura radiante, como si en ella se reflejara la distinción de las ilustres personas con quienes estabas, apoderóse de mí un sentimiento de respeto, y sentí gran vergüenza.

— De modo que debo darme por muy satisfecho de que el título de «tío» acuda ahora tan fácilmente a tus labios...

— No pretendo tanto, replicó Margarita sonriendo y moviendo ligeramente la cabeza. Comprendo muy bien que no ha de ser muy agradable oírse llamar «tío» por una muchacha de mi edad; pero ¡qué le vamos a hacer! Reinoldo y yo no andamos muy abundantes de parientes; no tenemos más que un hermanastro de nuestra madre, y ese hermanastro eres tú; por consiguiente, has de resignarte a ser, mientras vivas, el tío Herberto.

— Está bien, querida sobrina; acepto el título gustoso... Pero también has de saber que al reconocerme como tío, te impones el deber de obedecerme.

Margarita, al pronto, vaciló; pero en seguida brilló en su cara una expresión de inteligencia y un tanto ruborizada, metió la mano en el bolsillo, en donde había guardado la carta que le acababa de entregar su hermano.

— ¿Te refieres a esto?, dijo clavando en Herberto una mirada de hostilidad.

Éste la miró de soslayo y no respondió.

— ¡Sí, a esto!, añadió Margarita reforzando sus palabras con enérgico gesto de cabeza. Piensas exactamente lo mismo que la abuela, y orgullosos de la perspectiva que se me ofrece, abris los brazos y el corazón al pretendiente, sin siquiera haberlo visto. ¿Y para qué habéis de verle? Conocéis su nombre... y ya no necesitáis más... Pero sabes asimismo que tu sobrina es testaruda y acaso sientes el temor de que pueda cometer la inmensa tontería de querer continuar siendo pura y simplemente una Margarita Lamprecht; y este es un derecho más contra el espíritu de oposición, de grandísima importancia para la familia. Los Marschall, es decir, vosotros, estáis a punto de elevaros hasta las nubes, y vuestro propio interés exige que vuestros parientes, los Lamprecht, también se encumbren.

— ¡Es asombrosa tu perspicacia!

— No, tío, replicó Margarita riendo; no acepto el cumplido. No soy tan lista como supones... Para mí, todo el aire que en esta casa se respira tiene vida y alma y me habla al oído y me cuenta cosas; por algo nací en día de Pascua y me he entendido siempre perfectamente con nuestros espíritus domésticos. Y así como éstos antes me hablaban de los viejos tiempos, de los plateados hilos del lino que el movimiento mercantil llevada a todas partes y volvían a las arcas de mis antepasados convertidos en oro, ahora me hablan de otros esplendores, de benevolencias y mercedes de príncipes, de favores de mujeres hermosas de sangre azul, y de la antigua sangre plebeya que, después de tantos siglos de afanarse por enriquecerse, hoy está en disposición de transformarse en una casta superior.

— Veo que por desgracia se trata de unos duendecillos adorables que con sus malignidades envenenan el aire; será preciso expulsarlos de aquí.

— ¿Por medio de tus gendarmes, tío? ¡Cómo se divertirían con ello mis alegres amiguitos! Pero antes de dejarse prender se acercarían éstos a mi oído y seguirían hablándome de una nueva comedia que se está preparando en la casa de los Lamprecht y en la cual ha de representar un papel importante esa tonta de Margarita, ciñendo sobre su cabellera des-



¡Vamos, sé bueno!, añadió tocando con sus dedos la mano de Reinoldo

greñada una corona de baronesa. Y a vosotros os parece que todo está ya dispuesto... Pero ¿no te parece tío Herberto, que en este asunto tengo yo también voz y voto, aunque sean insignificantes? Hay una palabrita indispensable para que todo esto se realice, un *sí*; pues bien, tomad vuestras precauciones para que el pájaro no se escape antes de haber cantado, que si el pájaro soy yo, lo que es a mí no me cogéis.

— Esto ya lo veríamos...

— Pruébalo, tú, replicó Margarita mirándole por encima del hombro y con ojos centelleantes, como si le desafiase.

— Acepto el reto; pero he de advertirte que si algún día cojo el pájaro no habrá salvación para él.

— ¡Pobre pajarillo!, exclamó la joven con sorna. Entonces habrá de cantar al compás que tú le silbes... Pero no me asustas por esto... Soy un mirlo burlón y podría fácilmente atraerte a una celada...

Saludó graciosamente, disimulando su risa, y se dirigió apresuradamente al corredor que se extendía detrás del cuarto mortuario de Dorotea.



¿Qué, te parezco muy viejo y muy respetable?

Y mientras sus dedos ágiles saltaban los corchetes de su vestido, oyó cómo Herberto abandonaba la galería y al mismo tiempo la voz de su padre que subía por la escalera.

Los dos cuñados se saludaron, al parecer, junto a la puerta; luego ésta se cerró, y el Sr. Lamprecht encaminóse hacia su habitación.

Aquel día había salido a caballo, muy temprano, con dirección a Dambach y después de permanecer allí toda la tarde acababa ahora de regresar a su casa.

Margarita sentía vivos deseos de saludarle, tanto más cuanto que aquella mañana su padre, en el momento de partir, estaba muy silencioso y taciturno y apenas había contestado con una ligera inclina-

ción de cabeza a los alegres «¡Buenos días!» que ella le dirigió desde su ventana.

Aquella frialdad había apenado profundamente su joven corazón; pero tía Sofía había consolado, diciéndole que su padre tenía uno de sus acostumbrados días malos, en los que no había más remedio que dejarle hacer y no decirle una palabra, y que él mejor que nadie sabía cómo había de componérselas para sacudir su murria, es decir, dando un paseo a caballo y distrayéndose con el movimiento de la fábrica. «Por la tarde, había añadido, volverá más sociable.»

El traje de brocado de la bella Dorotea quedaba nuevamente colgado en lo más profundo del armario y Margarita se disponía a poner en orden su cabellera, cuando oyó que se abría la puerta del cuarto de su padre y vio que éste andaba por la galería a buen paso, dirigiéndose, al parecer, hacia el corredor.

Margarita se asustó; no había acabado de vestirse todavía y no quería que la encontrase allí, pues ignoraba en qué estado de ánimo había vuelto y cómo tomaría la travesura por ella cometida con la valiosa pieza del inventario de la casa. Apoderóse de ella una angustia indecible, e involuntariamente se metió dentro del armario, escondióse entre aquellas sedas, sintiendo la misma sensación que si se hundiera en el agua, y atrajo hacia sí la puerta procurando no hacer ningún ruido.

Pocos momentos después, apareció el señor Lamprecht en el ángulo del corredor; Margarita podía verle por la estrecha rendija de la puerta del armario. El paseo a caballo y la agitación de la fábrica no habían borrado el sello de negra melancolía que con tanta frecuencia hacía de aquel hombre guapo y de arrogante figura el terror de todos los de la casa. Llegaba en la mano derecha un pequeño ramo de frescas rosas y caminaba indiferente entre la doble hilera de retratos de sus antepasados; únicamente el de la bella Dorotea que, apoyado en el ángulo del armario y en la pared, ofrecía de improviso la encantadora imagen de aquella muerta, pareció causarle una impresión de malestar.

Retrocedió un paso y se pasó la mano por los ojos como si fuera a desmayarse.

Tal impresión se explicaba perfectamente: en el salón rojo, puesto el retrato sobre la pared de color claro, la satánica belleza de aquella mujer no se destacaba con aire tan triunfal como allí, en aquella penumbra tan propicia a las apariciones de fantasmáticas...

El Sr. Lamprecht murmuró algunas palabras cólericas y lanzándose sobre el cuadro, en un acceso de furor, lo volvió de espaldas con tal violencia que el marco crujió ruidosamente al chocar contra la pared.

Margarita, aterrada, apenas se atrevía a respirar; parecía que en el cerebro de su padre, sombrío y melancólico, se encendía de repente la llama de la locura, y que, impulsadas por un espíritu de destrucción, sus manos brutales habían de convertir la tranquila casa de los Lamprecht en teatro de terribles acontecimientos.

Pero por fortuna sus temores no se realizaron; con la desaparición de aquella imagen en el rincón obscuro, pareció calmarse la tempestad que su vista había levantado en el alma de su irritado padre. Éste prosiguió su camino, pasando tan cerca del armario en donde estaba su hija, que ésta creyó oír su respiración fatigosa.

Un instante después, oyóse el ruido de una llave que abría la puerta más próxima; el Sr. Lamprecht entró en aquella habitación, cerró la puerta de nuevo y desde dentro echó el cerrojo.

Margarita sintió un estremecimiento de horror. ¿Qué iba a hacer su padre en aquella estancia, abandonada y cubierta de polvo, solo con sus negros pensamientos?

Nadie de la casa sospechaba que volviese a frecuentarla y Bárbara sostenía que nunca más había vuelto a poner los pies en el corredor, seguramente porque allí debió de sucederle algo muy gordo, pues de lo contrario un hombre tan animoso como él no habría abandonado el campo de manera tan absoluta. Y sin embargo, ahora estaba allí, como sepultado en la obscuridad y en el más profundo silencio.

Pero quizás buscaba él precisamente aquel aislamiento sepulcral cuando no lograba, en la agitación del mundo, vencer al espíritu malo que a veces se apoderaba de él; acaso aquella soledad aplacaba sus tempestades internas y calmaba su sangre, ardorosa y enferma, aquella sangre que de un modo tan alarmante oscurecía su inteligencia...

(Se continúa...)

ECOS DE LA GUERRA EN LA COSTA AZUL. (Fotografías de Rol y Branger.)

En Niza se han celebrado grandes fiestas organizadas por el Comité franco-italiano que preside el consejero municipal Sr. Gassin a beneficio de las víctimas de la guerra de ambas naciones. Para asistir a ellas acudieron a la hermosa ciudad de la Costa Azul el embajador de Italia en Francia Sr. Tittoni y numerosos periodistas franceses, italianos, portugueses, norteamericanos y brasileños.

El Sr. Tittoni, a quien la población de Niza tributó un entusiasta recibimiento, después de haber recibido en el consulado general a la colonia italiana, dirigióse a las Casas Consistoriales acompañado del prefecto de los Alpes Marítimos Sr. Joly y del cónsul general de Italia en Niza. En el salón del Consejo municipal, adornado con plantas y banderas de los países aliados, esperábase el alcalde accidental Sr. Bonnefoy-Sibour, el Consejo en pleno, el obispo monseñor Chapon, el vicario general y otras autoridades.

Después de la salutación que le dirigió el alcalde, el embajador pronunció un elocuente discurso, del que reproduciremos algunos párrafos interesantes: «Las fiestas ennoblecidas por el objetivo santo de la ayuda a las obras de guerra, han de tener, como éstas de Niza, un carácter de austeridad, porque mientras esta guerra dure, toda nuestra vida ha de ser más aus-

ción y en espíritu de sacrificio, estas virtudes no serán menos necesarias después de firmada la paz. Sólo al precio de la abnegación y del sacrificio se podrá reparar la enorme brecha abierta en los presupuestos del Estado, reconstituir el organismo económico y atender a las numerosas exigencias del progreso y conservar la paz social.»

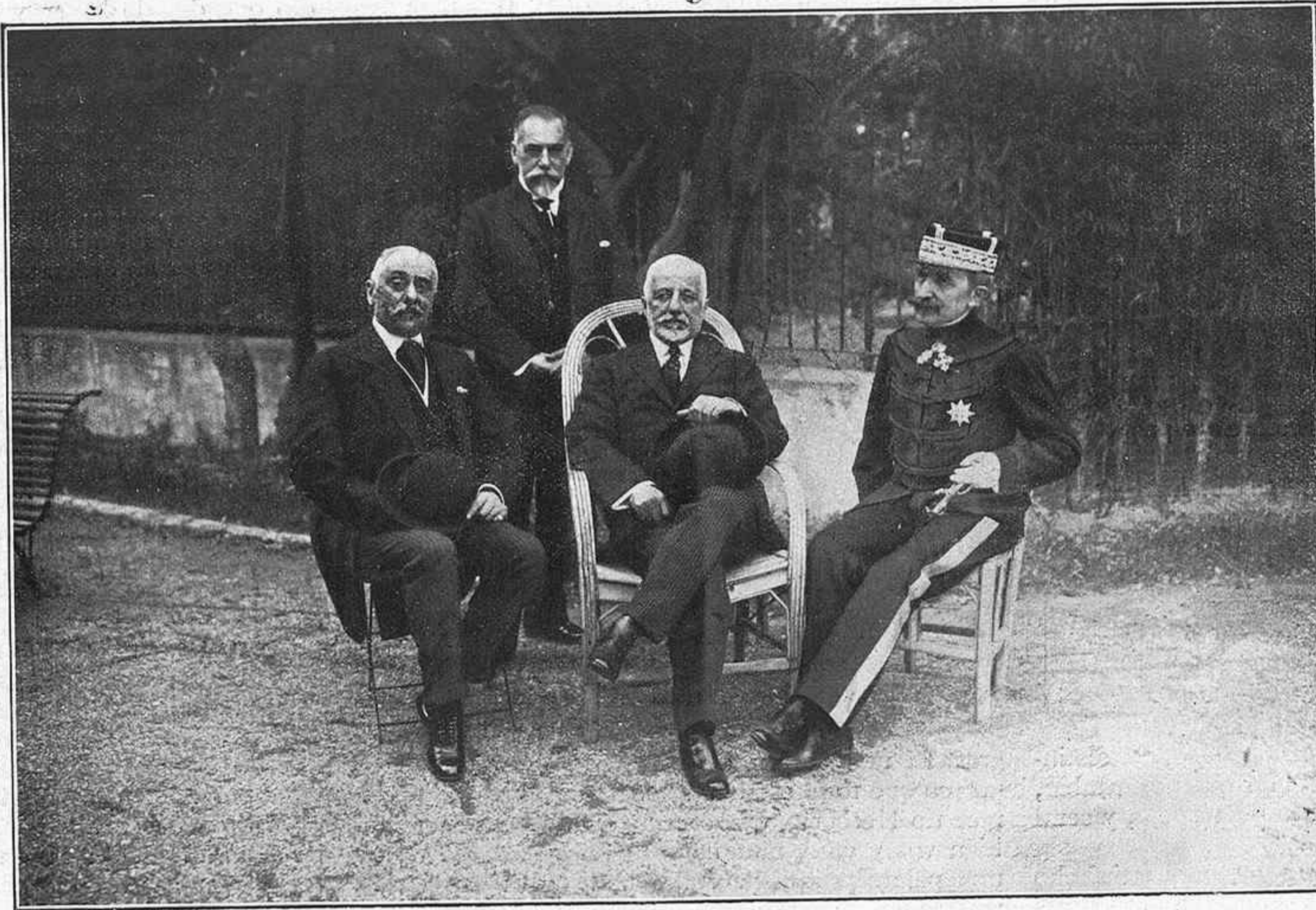
Hablando luego de la sincera inteligencia entre Italia y Francia, dijo:

«A todo lo que podía juntar a las dos naciones: a los sentimientos, a las afinidades, a las simpatías, a los recuerdos, añádesse una vez más la fraternidad de las armas, y ciertamente la sangre derramada en los campos de batalla por una misma causa es un cimiento poderoso para la unión de los dos pueblos. Pero para hacer perdurar esta unión es necesario que los pueblos tengan siempre la conciencia de que su causa es común.»

» Los intereses del comercio, de la industria, de la hacienda, de las colonias, del trabajo y de los trabajadores, han de ser objeto, entre Francia e Italia, de convenios que sobrevivan a la guerra,

que sean prenda segura de su concordia y de su unión, porque no puede concebirse la coexistencia de la alianza política con las barreras económicas.»

Terminó su peroración el Sr. Tittoni con elocuentes y patrióticas frases de-



Niza. Las fiestas franco-italianas. - En los jardines del consulado de Italia: en el centro, el Sr. Tittoni, embajador de Italia en Francia; a su izquierda, el Sr. De Joly, prefecto de los Alpes Marítimos; a su derecha, el Sr. Acton, cónsul italiano en Niza; de pie, el Sr. Gassin, consejero municipal de Niza y presidente del Comité de las Fiestas franco-italianas en Niza.

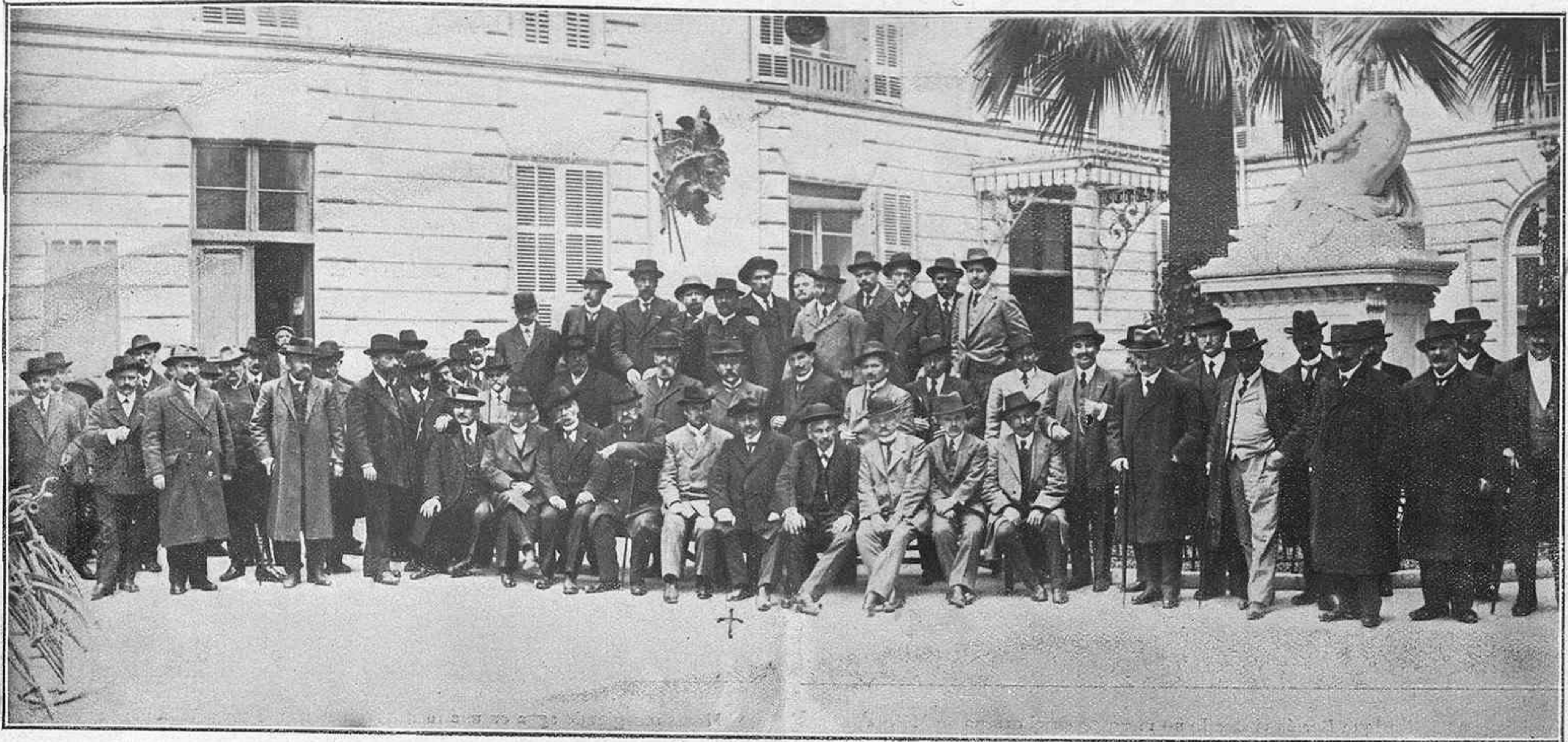


Cannes. - La hora de recreo en una villa en donde son cuidados y educados los niños huérfanos de la guerra

tera. He dicho mientras esta guerra dure, pero ¿por qué no después? Si ahora, cuando está en juego el porvenir de la patria, todos deben rivalizar en abnega-

dicadas a la actual guerra, afirmando que los aliados no depondrán las armas hasta haber conseguido una paz que garantice a la humanidad, si no para siem-





Grupo de diputados serbios en Niza. - En el centro, el Sr. Kosta Stoianovitch, presidente de la Skupchtina. Fotografía tomada en los jardines de la Casa Consistorial

pre, a lo menos por mucho tiempo, contra la repetición de una catástrofe como la presente.

El embajador fué luego obsequiado por la municipalidad con un espléndido banquete, concluido el cual trasladóse al Casino municipal, en donde se dió en su honor un gran concierto y en donde asistió a la tómbola que allí se celebraba y para la cual habían enviado valiosos regalos las reinas Margarita y Elena de Italia, y los señores Salandra, presidente del Consejo de Ministros de Italia; Sonnino, ministro de Negocios Extranjeros, y el ministro de la Guerra italiano.

Por la noche, después de un banquete oficial en la Prefectura, concurrió el Sr. Tittoni a la función de gala que se dió en el teatro del Casino y en la que se cantaron la ópera *I Pagliacci* y un *Himno* de Leoncavallo con letra de Gustavo Rivet.

Al día siguiente, el embajador regresó a París.

Los periodistas que asistieron a las fiestas franco italianas fueron agasajados con un banquete organizado por la comisión de la prensa y con una excursión a Mónaco, en donde visitaron el Museo Oceanográfico y asistieron a un almuerzo y a un concierto que se dieron en su honor.

Las poblaciones de la Costa Azul, centros en otros tiempos de los placeres y de las diversiones, hoy sirven de asilo a las víctimas de la guerra. Los enfermos, los heridos, los huérfanos encuentran en aquel clima privilegiado y bajo aquel puro cielo alivio a sus dolencias y a sus padecimientos los unos y amparo en su orfandad los otros. Sus magníficos hoteles, sus hermosas quintas hállanse actualmente convertidos en hospitales, en asilos de convalecencia, en casas de educación: a los primeros son llevados los que en las trincheras o en los campos de batalla han vertido su sangre por la patria; a las últimas son

enviados los niños a quienes la guerra ha dejado en el mayor abandono, y no solamente los niños franceses, sino también los de todos los países aliados que luchan contra los imperios centrales.

Todos son allí atendidos con la solicitud y el esmero más exquisitos, y poco a poco recobran la salud perdida los unos, y los otros la alegría infantil que huyó de ellos en los primeros momentos de verse desamparados.

Uno de los grabados que en la página anterior publicamos permite formarse idea de lo que son en la Costa Azul estos establecimientos.

En Niza hállanse reunidos actualmente numerosos diputados serbios, entre los cuales figura el presidente de la Skupchtina, Sr. Kosta Stoianovitch. Uno de los primeros actos por ellos realizados en aquella ciudad fué enviar al Presidente de la República francesa Sr. Poincaré el siguiente mensaje:

«Los diputados serbios llegados al suelo francés tienen el honor de expresar, señor presidente, sus sentimientos de profunda gratitud y de admiración, y os ruegan al mismo tiempo que os sirváis transmitir a la noble nación francesa su agradecimiento por todas las pruebas de amistad fraternal que ha prodigado a sus compatriotas expulsados por el enemigo de sus hogares. Llenos de una fe indestructible en la victoria definitiva, los serbios, a pesar de la situación extremadamente grave en que se encuentran, no sólo no desesperan, sino que tienen una confianza absoluta en la victoria final de Francia y de sus aliados, y la certeza de que esta victoria les devolverá su patria y conducirá a la realización de sus ideales indiscutidos.»

El Presidente de la República contestó al Presidente del Club de los diputados serbios en Niza agradeciendo el mensaje y rogándole que fuese cerca de la heroica nación serbia intérprete de su admiración.

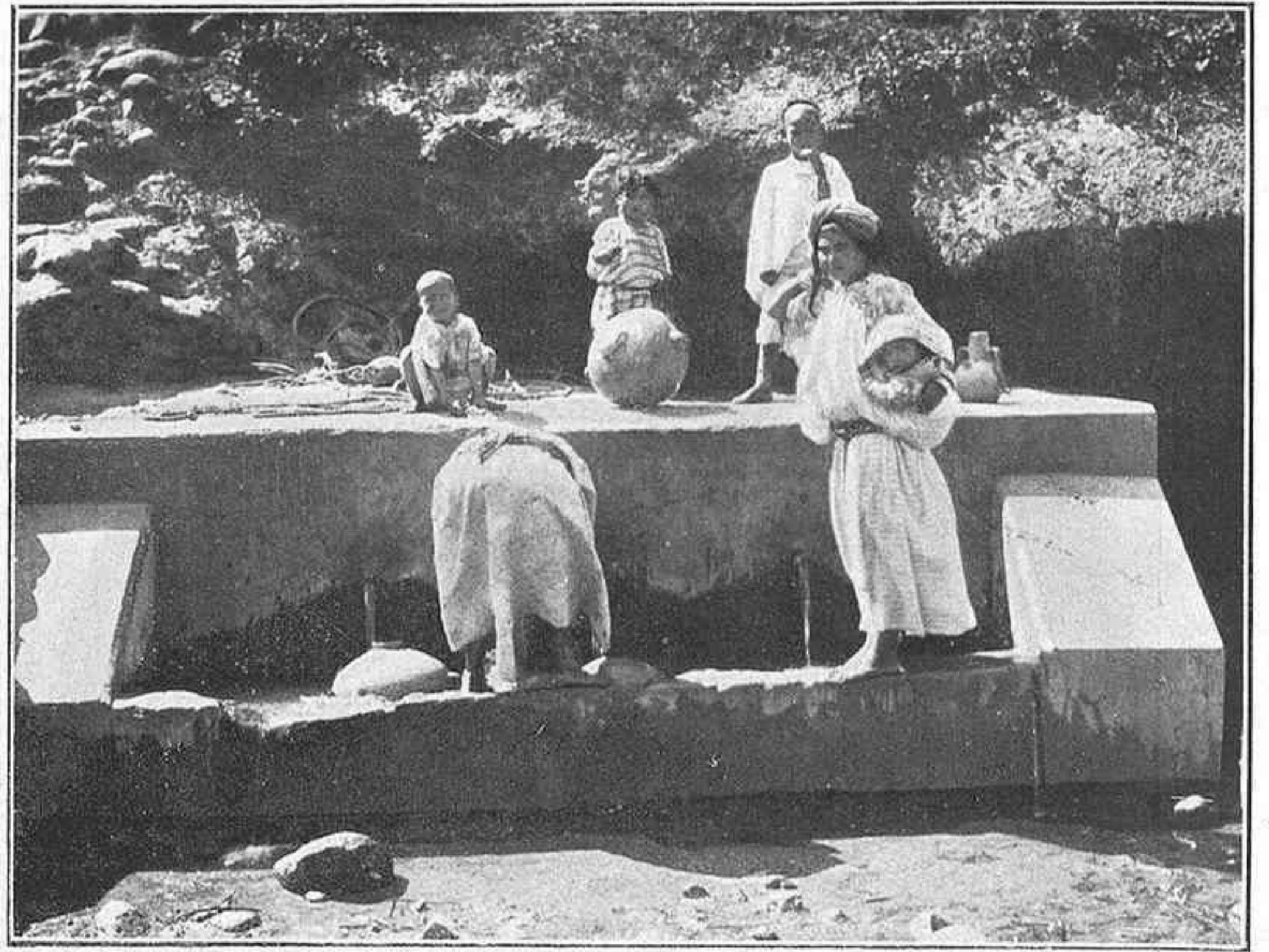


Miraos, señoras,  
en ese espejo y  
admirad los efectos  
sorprendentes del  
**PETRÓLEO**  
**GAL**

NOTAS DE MELILLA. (Fotografías de Lázaro.)



El eminente actor Enrique Borrás visitando un mercado en el campo de Melilla acompañado del capitán de la Policía indígena Sr. Santacruz

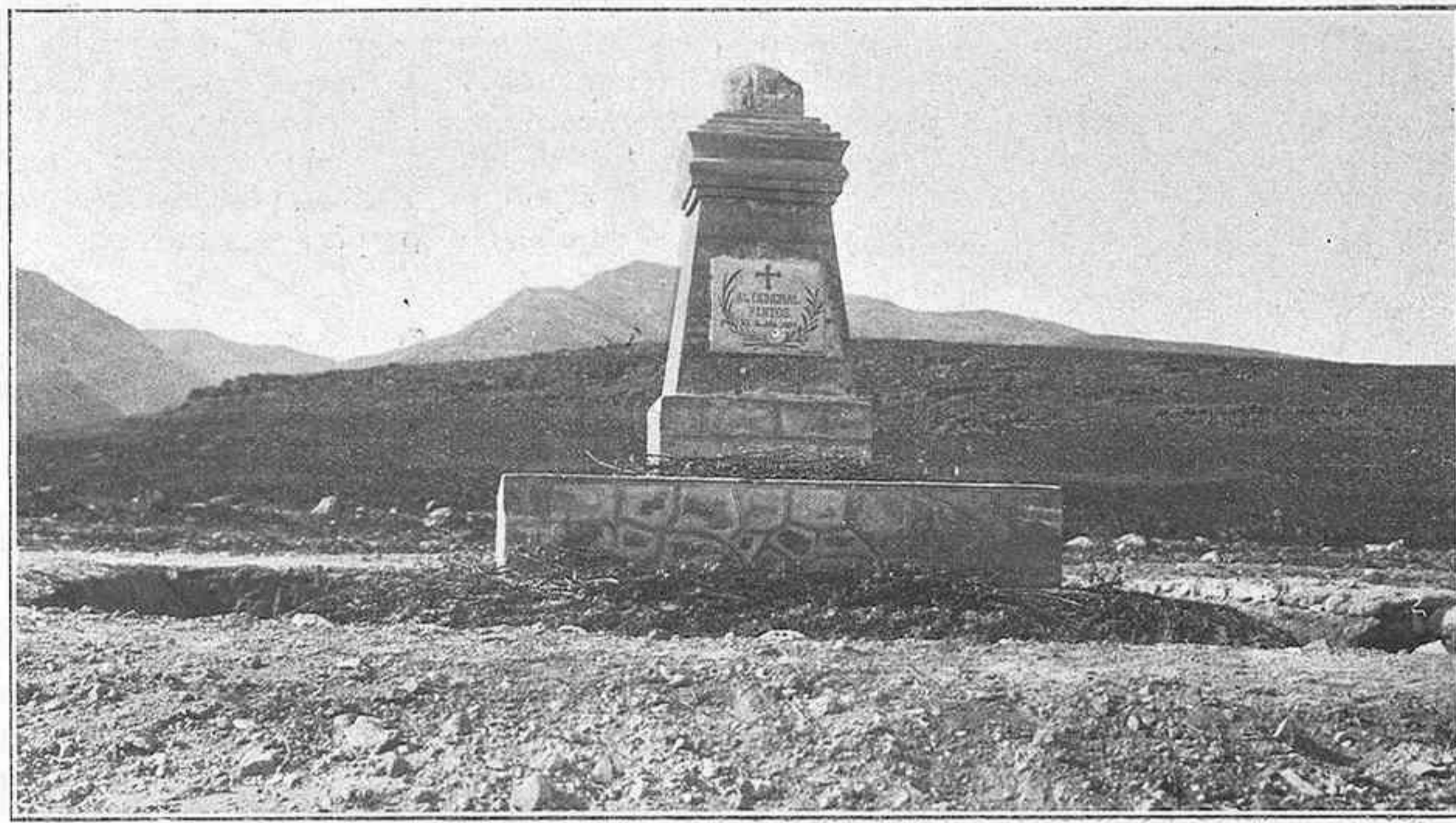


Moras recogiendo agua en una fuente recientemente construída por nuestras tropas en la cabila de Beni Sicar

Recientemente ha sido restaurado el monumento erigido en las inmediaciones de Melilla a la memoria del general Pintos que murió heroicamente en el combate de 27 de julio de 1909 cuando al frente de su brigada de cazadores de Madrid se apoderó de algunas importantes posiciones del monte Gurugú. En aquel sangriento combate murieron, además, los jefes de los regimientos de las Navas y de Arapiles, habiendo ascendido el número de nuestras bajas a más de 200; pero a consecuencia del mismo, los moros abandonaron sus posiciones y se retiraron al otro lado del mencionado monte, que hasta entonces había constituido un baluarte inexpugnable y un constante peligro para la plaza de Melilla.

El monumento, como se ve en el adjunto grabado, es sencillo y severo, perfectamente adecuado al hecho que conmemora; la piedra que lo corona es la en que apoyó su cabeza al morir el general Pintos.

El eminente actor Enrique Borrás ha dado en el teatro de Melilla una serie de representaciones en las que ha puesto en escena las principales obras de repertorio que le han valido sendos triunfos entusiastas. Durante su estancia en aquella ciudad, hizo algunas excursiones a los alrededores, visitando las tumbas de los héroes de



Monumento recientemente restaurado en el lugar en donde fué muerto por los moros el general Pintos, que mandaba la brigada de cazadores de Madrid, el 27 de julio de 1909

la campaña, el cementerio de la segunda caseta y varios zocos moros, entre ellos el zoco del Had, distante nueve kilómetros de Melilla.

En aquellas visitas acompañaronle algunos individuos de su compañía, varios amigos de la colonia catalana residente en aquella plaza y el capitán de la Policía indígena Sr. Santacruz, que le dió interesantes explicaciones sobre los lugares recorridos y curiosos detalles respecto de las costumbres de las cabilas que en ellos habitan.

La colonia catalana obsequió a Enrique Borrás con un espléndido banquete, que se celebró en el Hotel Victoria y al que asistieron numerosos comensales.

En el momento de los brindis, Borrás agradeció emocionado el homenaje que se le tributaba y las atenciones y los aplausos que había obtenido en Melilla.

Los comensales le regalaron una medalla de oro esmaltada con una inscripción en recuerdo de su visita a Melilla.

En la función de despedida representó *Otelo*, alcanzando una ovación ruidosísima, y terminada la función sus amigos y admiradores le ofrecieron un champaña de honor.

**VIDA DE LA VIRGEN MARÍA**  
CON LA HISTORIA DE SU CULTO  
EN ESPAÑA  
Dos tomos en folio, ricamente encuadernados,  
100 pesetas

Paris  
Date de 1849  
**PUREZA DEL CUTIS**  
— LAIT ANTÉPÉLIQUE —  
**LA LECHE ANTEFÉLICA**  
ó Leche Candès  
pura ó mezclada con agua, disipa  
PECAS, LENTEJAS, TEZ ASOLEADA  
SARPULLIDOS, TEZ BARROSA  
Póne y conserva el cutis limpio y terso  
ARRUGAS PRECOCES  
EFLORESCENCIAS  
ROJECES.  
Casa GANDÈS  
E. St-Denis, 46

**DICCIONARIO de las lenguas española y francesa comparadas**

Redactado con presencia de los de las Academias Española y Francesa, *Bescherelle, Littré, Salvá* y los últimamente publicados, por D. NEMESIO FERNÁNDEZ CUESTA. — Contiene la significación de todas las palabras de ambas lenguas; voces antiguas; neologismos; etimologías; términos de ciencias, artes y oficios; frases, proverbios, refranes é idiotismos, así como el uso familiar de las voces y la pronunciación figurada. — Cuatro tomos: 55 pesetas.

Montaner y Simón, editores. Aragón, 255, BARCELONA

**HOMBRES**

Faltos de energías, nervioso-musculares, impotentes, gastados por abusos sexuales, alcohólicos, pesares, estudios, & viejos sin años, recobrarán las fuerzas de la juventud con el **VIGOR SEXUAL KOCH** de uso externo. Los medicamentos al interior, si son débiles, estropean el estómago y no producen efecto, y si son fuertes matan la salud. El **VIGOR SEXUAL KOCH** se vende en las boticas bien surtidas del mundo. Conviene que para determinar el grado de **DEBILIDAD** se pida á la **CLINICA MATEOS**, Arenal, 1, 1.º, MADRID (España) el **GRAFICO SEXUAL**, y lo recibirán gratis por correo, reservadamente.

AVISO Á  
LAS SEÑORAS  
**EL APIOL** DE LOS  
JORET-HOMOLLE  
CURA  
LOS DOLORES, RETARDOS,  
SUPRESIONES DE LOS  
MENSTRUOS  
F. G. SÉGUIN — PARIS  
165, Rue St-Honoré, 165  
Y TODAS FARMACIAS Y DROGUERIAS

**HIPOFOSFITOS SALUD**  
COMBATE  
**ANEMIA**  
**ESCROFULISMO**  
**NEURASTENIA**  
**INAPETENCIA**

**ANEMIA** DEBILIDAD Verdadero **HIERRO QUEVENNE**  
Curadas por el  
El mas activo y economico, el unico Inalterable. — Exigir el Verdadero, 14, R. Beaux-Arts, Paris.

Quedan reservados los derechos de propiedad artística y literaria

IMP. DE MONTANER Y SIMÓN